

SS
SERVICIO SECRETO

KEITH LUGER

UN CRIMEN Y UN BESO

Me acerqué a la puerta, puse la mano en el pomo, lo hice girar y penetré en el interior, al tiempo que se oía un fuerte campanilleo.

Era una tienda parecida a todas las de su clase. No había mostrador porque se había querido aprovechar hasta el más pequeño espacio. Allí había muchas cosas. Desde el baño en que hacía su higiene María Antonieta hasta el revólver con que Ford asesinó por la espalda a Jesse James. Naturalmente, todo era falso. Lo único legítimo era una rubia de unos veintitrés años, esbelta, de ojos verdes y cuerpo de diosa que salió a mi encuentro abanicando las pestañas.

—¿Qué desea, señor?



Keith Luger

Un crimen y un beso

Bolsilibros - Servicio Secreto - 323

ePub r1.0
LDS 08.03.19

Título original: *Un crimen y un beso*
Keith Luger, 1956
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2





KEITH LUGER

UN CRIMEN Y UN BESO

1ª. EDICCIÓN
ENERO - 1956

EDITORIAL BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453



BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

Bajé del taxi, aboné la carrera al conductor y me volví hacia la casa que tenía enfrente. Sobre una puerta estrecha había un cartel en el que se leía:

«MARCK COHEN. PRENDERO»

«EL REY DE LAS ANTIGÜEDADES»

Me acerqué a la puerta, puse la mano en el pomo, lo hice girar y penetré en el interior, al tiempo que se oía un fuerte campanilleo.

Era una tienda parecida a todas las de su clase. No había mostrador porque se había querido aprovechar hasta el más pequeño espacio. Allí había muchas cosas. Desde el baño en que hacía su higiene María Antonieta hasta el revólver con que Ford asesinó por la espalda a Jesse James. Naturalmente, todo era falso. Lo único legítimo era una rubia de unos veintitrés años, esbelta, de ojos verdes y cuerpo de diosa que salió a mi encuentro abanicando las pestañas.

—¿Qué desea, señor?

Me decepcionó su pregunta. Creí que me recordaría. Hacía tan sólo cuarenta días que yo había estado allí.

—Soy Tom Baker, un cliente de su patrón. Hace un mes y medio empeñé aquí cierto objeto. Me hacían falta unos cuantos dólares para pagar el plazo de mi automóvil.

Yo no tenía automóvil, pero pensé que podía llegar a un acuerdo posterior con la rubia.

Ella distendió los labios mostrando una dentadura blanca como la leche mientras preguntaba:

—¿Trae usted el resguardo?

Busqué la cartera y le alargué el papel que me había dado Cohen para cuando tratase de recuperar lo que allí había dejado depositado.

La joven leyó el resguardo, murmuró para sí un número de orden y se dirigió a la mesa que había cerca de una ventana. Estuvo manejando un grueso libro registro con tapas verdes y luego lo dejó, volviendo a mi lado con un gesto de pena en el semblante.

—Lo siento, señor Baker, pero no puedo hacer nada.

—¿Qué es lo que quiere decir exactamente? —pregunté, con el ceño fruncido.

—Lo que usted empeñó, el galeón metido en una botella, fue vendido ayer.

—¡Es imposible! ¡Cohen no ha podido hacer eso!

La rubia observó de nuevo el resguardo y dijo:

—Según este documento, usted tenía de plazo hasta el día doce de marzo de 1956 para reintegrar al señor Cohen los diez dólares que le entregó, más otros dos de intereses.

—Sí, ¿eh? ¿Y qué día es hoy?

—Catorce de marzo de 1958.

Un mazazo que me hubiesen dado en la nuca no me hubiese producido tanto efecto como el oír aquellas palabras.

El caso era claro. Legalmente yo no podía oponer ningún reparo. Cohen se había limitado a cumplir con lo estipulado en aquel contrato que me vi obligado a hacer con él para aplacar el hambre que acuciaba mi estómago cierto día de aquel invierno, el más feroz de cuantos se habían conocido en los últimos veinticinco años.

Hasta aquel instante no había tenido oportunidad de correr al negocio de antigüedades para desempeñar mi juguete. Las cosas me habían ido bastante mal últimamente. Yo era un detective privado sin clientela. Resistí seis meses con el despacho abierto en el edificio Malcom, calle 23 Este, frente a la lechería de Joe Smith, pero al final tuve que desistir cuando un alguacil se presentó en mí habitación con un mandamiento judicial para lanzarme de allí por deber cuatro meses de alquiler. Hube de conformarme y firmar la orden. Lo único que pude sacar de la oficina en aquel instante crítico fue aquel galeón, reproducción del famoso barco del pirata Henry Morgan, porque le había tomado cariño.

El objeto en cuestión me lo entregó un tal Black Russell, único cliente que había tenido en el mes que precedió al día de la catástrofe.

Russell era un tipo fornido, de cara ancha, nariz chata y boca de batracio. Había acudido a mí simplemente para que investigase el paradero de un amigo suyo, un tal Billie Temple. Ambos eran marineros y se habían separado dos años antes en Liverpool, Hablando con propiedad, Billie se largó con mil dólares de Russell. Éste no había tenido oportunidad hasta entonces de tratar de recuperar su dinero, porque había estado trabajando en un petrolero del magnate Onassis, entre los puertos de la Arabia Saudita y los de Inglaterra. Pero al fin se tomó unas vacaciones, vino a Nueva York, y después de haber fracasado en las gestiones personales que hizo para encontrar a Temple, recaló en mi despacho, instándome a que hallase a su antiguo amigo en el menor tiempo posible. En un par de días fue informado de que Temple había fallecido, víctima de unas fiebres tifoideas, en un hospital de Nueva York, nada menos que un año antes. Cuando Black Russell oyó aquello se mostró pesaroso, aun cuando yo no supe en aquel momento si su dolencia era por la muerte de su amigo o por la pérdida definitiva de sus mil dólares. Lo cierto es que lo que sobrevino a continuación me conturbó más a mí. Black Russell me dijo que no podía pagarme mis honorarios, veinticuatro dólares, más siete de gastos adicionales. Pero agregó enseguida que dentro de aquella semana volvería a visitarme, y como prueba de su buena fe me puso sobre la mesa una botella en la que había metido un barco. Me contó que se trataba de un objeto de inestimable valor como antigüedad, ya que se trataba de una reproducción hecha en el siglo diecisiete del galeón en que Henry Morgan hizo famosa su bandera de la calavera y las dos tibias por el mar de las Antillas.

No me tragué el cuento, pero ¿qué iba a hacer yo? Le dije que estaba bien, y se marchó. Como es lógico, pensé que Black Russell no volvería jamás por mi despacho.

La rubia tosió suavemente, haciéndome volver a la realidad.

—Si es usted aficionado a esa clase de objetos, señor Baker, le puedo ofrecer unos cuantos a un precio muy razonable. En la estantería del fondo puede ver usted una serie de bergantines, carabelas, goletas…

—No, gracias. Yo sólo quería mí galeón.

—Pues lo siento verdaderamente, pero reconozca que ha sido un descuido suyo.

—¿No habría forma de recuperarlo?

—Una vez salido cualquier objeto de nuestro establecimiento, eludimos toda responsabilidad. Ya sabe que nos atenemos a lo estipulado.

—Comprendo. Pero tal vez podría decirme el nombre de la persona que adquirió mi galeón. Yo podría, quizá, llegar a un acuerdo con ella.

—Es contrario a las normas de la casa, señor Baker. Pero en vista del interés que manifiesta usted, voy a hacer una excepción.

—Es usted un ángel —le dije, y ella me sonrió.

Se fue otra vez a la mesa, volvió a manejar el libro de las tapas verdes y poco después, cuando se me acercó de nuevo, dijo:

—Su galeón fue comprado por la señorita Esther Crowley, calle 27 Oeste, 536. No le puedo hablar nada de su aspecto, porque esta operación fue hecha por el señor Cohen, es decir, fuera de las horas de trabajo.

—Ha sido usted muy amable. ¿Le parece que vuelva para enterarla del resultado de mi gestión?

Ella me miró fijamente y meneó la cabeza en sentido afirmativo. Sentí un enorme gozo interior. Aquello marchaba sobre ruedas. Me toqué el ala del sombrero y abandoné el local.

Eché a andar por la acera y entré en el primer bar que hallé en mi camino. Pedí un *whisky* en el mostrador y, mientras lo servían, me metí en la cabina telefónica. Después de hojear el listín encontré el número de Esther Crowley y me apresuré a discar.

Me llegó el zumbido de la señal de llamada y poco después cogieron el micro al otro lado. Una voz femenina preguntó:

—Sí, diga. ¿Quién es?

—Perdone. ¿Es usted la señorita Esther Crowley?

—Exactamente. ¿Quién llama?

—Usted no me conoce, señorita Crowley. Me llamo Thomas Baker. El caso es que quería hablarle de un galeón.

—¿De un galeón?

—De uno de esos chismes que están metidos en una botella. Según tengo entendido, adquirió usted ayer uno en el negocio de un

tal Marck Cohen. Hubo una larga pausa y al fin la señorita Crowley admitió:

—Es cierto, señor Baker. ¿Pero qué es lo que usted quiere?

—Verá usted. Yo soy la persona que empeñó el galeón en el negocio de Cohen, y por una serie de circunstancias he dejado transcurrir el plazo durante el que podía sacarlo. En fin, he pensado que, después de todo, tal vez a usted no le interese mucho su posesión y que yo podría reintegrarle el dinero que ha pagado por él.

—Parece que tiene mucho interés por esa botella.

Yo solté una risita y luego dije:

—Ya sabe. Es un recuerdo de familia. Uno de mis tatarabuelos trabajó al lado de Henry Morgan.

—Está bien, señor Baker. Creo que voy a acceder a sus deseos.

—Magnífico. Es un gran rasgo por su parte. ¿Quiere que vaya a su casa o prefiere que nos citemos en algún sitio?

—No, venga aquí. Pero no puedo recibirlo ahora. Me disponía a salir. ¿Le parece a usted bien esta noche a las ocho y media?

—Desde luego que sí —asentí.

—Hasta luego, señor Baker. No lo olvide. A las ocho y media.

Oí que colgaba y yo también lo hice. Saboreé el *whisky*, satisfecho por el cariz que había tomado el asunto, y de pronto una pregunta se abrió paso en mi mente: ¿Cuánto habría pagado Esther Crowley a Marck Cohen por el galeón? ¡Santo Cielo! Yo conocía a aquella clase de tipos. Daban poco dinero por lo que uno había empeñado y luego, cuando se trataba de venderlo, pedían cincuenta o sesenta veces más. Tenía interés por la botella, pero no hasta el punto de pagar sesenta o setenta dólares por ella. Yo estaba ganando siete dólares diarios desde hacía un mes, trabajando como un esclavo en la célebre agencia de investigaciones de Brandon Scott. Era un sueldo de hambre, pero había de conformarme con él porque yo deseaba volver a establecerme por mi cuenta y sabía que si me apartaba de mi profesión no podría llevar a cabo nunca mi deseo. Así, a costa de muchos sacrificios, había conseguido ahorrar treinta dólares, de los que aquella tarde pensaba invertir doce en la recuperación de la botella. Era, pues, un mal negocio, aunque todavía podía hacer marcha atrás porque no había nada decidido. Me bastaría con no acudir a la casa de la señorita Crowley. Me puso

aquello de can mal humor que salí del bar y pensé que ya que no tenía trabajo, mis patronos me habían dado la tarde libre, podía ir a olvidar a un cine. Vi la última película de Gary Cooper, en la que hacía el papel de uno de los precursores de la aviación moderna; y cuando abandoné el local eran las siete y quince minutos. No podía apartar de mi mente, mientras andaba por la acera, ya de noche, que a las ocho y media tenía una cita. Al cabo de un rato de estudiar el pro y el contra de la visita que debía de hacer a Esther Crowley, decidí definitivamente no ir y mandé al infierno el galeón. Así las cosas, me metí en un automático y cené por dos dólares noventa.

Daban las ocho mientras ascendía la escalera que conducía a mi habitación. Me dirigía a ella cuando la puerta vecina a la mía se abrió, apareciendo en el hueco Terry Jones, una pelirroja de muy buen ver que trabajaba como cantante en un local nocturno. Estaba vestida para salir.

—Hola, Tom —me dijo.

Yo le sonreí mientras replicaba:

—¿Cómo va eso, Terry?

Iba a pasar de largo cuando ella me disparó:

—¿Estarás listo enseguida, querido? Ya pasan quince minutos de la hora.

Volví la cabeza hacia ella, y estoy seguro de que en mi rostro se reflejaba un gesto de incomprensión.

Los ojos de Terry chispearon y entonces dijo un poco bruscamente:

—¿Acaso lo has olvidado, Tom? Me invitaste a cenar.

Solté una maldición interior. Lo que acababa de decir.

Terry era cierto. Yo le había hecho esa invitación exactamente cuatro días antes. Aquel condenado asunto del galeón había hecho que no lo recordase; pero ahora que ella planteaba el asunto me dije a mí mismo que me aburriría mortalmente caso de que fuésemos a cenar por ahí.

—No sabes cuánto lo siento, Terry… —empecé a disculparme.

—¿De veras? —murmuró, ladeando ligeramente la cabeza.

—El caso es que tengo un trabajo para dentro de un rato. Ya sabes, cosas del oficio. Es condenadamente malo eso de ser detective privado. No puede hacer uno lo que quiere.

—Es una pena. ¿Tiene quizá el cabello negro?

—¡Terry! —protesté—. No tienes derecho a pensar eso. Te juro que no hay nada de lo que supones. Esto no significa más que un aplazamiento. —Avancé hacia ella y le cogí la barbilla mientras le decía—: Iremos mañana y puedes estar segura de que vamos a pasarlo estupendamente. Luego te acompañaré a tu club y estaré allí contigo hasta que termines. Nos vendremos juntos a casa. Ya verás qué noche memorable, ricura…

Terry hizo un movimiento nervioso, rechazando mi mano.

—No hay guapo que me plante a mí, rico.

—¿Lo tomas así? —dije.

—He de hacerlo por fuerza.

Y se dirigió hacia la escalera con un suave contoneo de sus caderas. Yo la seguí con la mirada y antes de que se decidiese ella a bajar, volvió la cabeza y exclamó:

—Mejor será que no vuelvas a intentar entrar en mi cuarto.

Luego empezó a descender, la barbilla erguida, con la dignidad de una reina.

Cuando desapareció me encogí de hombros y entré en mi habitación. Me desvestí, me puse el pijama, fui al cuarto de aseo, me lavé los dientes, y luego me acosté. Leí durante una hora el relato de un crimen que se insertaba en una revista sensacionalista, y cuando mis párpados empezaron a cerrarse, apagué la lamparilla de noche y me dormí como un bendito.

Desperté a las ocho de la mañana, y media hora más tarde me dirigía por la calle hacia el negocio de Tap Wind a desayunar. Un muchacho con chaqueta de cuero casi me rompió los tímpanos pregonando un misterioso asesinato. Le compré el periódico, que resultó ser el «Star», y me metí en lo de Wind.

Me senté en una mesa y pedí a Susana, la hija de Tap, un huevo frito, jugo de tomate, un par de tostadas con mantequilla y café.

Mientras lo servían, cogí el periódico, que había guardado en el bolsillo de la gabardina, y lo puse delante de mí.

Instantáneamente di un respingo y estuve a punto de soltar una exclamación, Mis ojos habían leído los siguientes titulares en gruesas letras negras:

«Un asesinato florentino. Esther Crowley,

> coleccionista de antigüedades, fue muerta la pasada noche. Una daga cincelada por Benvenuto Cellini en su espalda».

Traté de serenarme y empecé a leer ávidamente.

En resumen se decía que Esther Crowley era oriunda de Boston, último miembro de una familia linajuda, el primero de cuyos ascendientes americanos había hecho el viaje en el «Mayflower». Tenía treinta y cinco años. Había estado casada dos veces, la primera con un príncipe ruso, y la segunda con un campeón universitario de atletismo; y ahora, después de sus dos divorcios, se disponía a desposarse de nuevo con David Garland, propietario de una importante editorial dedicada a la publicación de libros deportivos. La señorita Crowley tenía un «*hobby*», el de coleccionar antigüedades, y había hecho famoso su nombre por el número de valiosos objetos que había logrado reunir en su casa, entre los que se encontraba la daga de Cellini que había servido al despiadado criminal para acabar con su vida.

Suspendí la lectura unos instantes cuando Susana dejó delante de mí el desayuno.

—¿Cómo va su trabajo, señor Baker? —me preguntó la muchacha.

—Muy bien, no me puedo quejar —respondí, deseando que se marchase cuanto antes.

—Qué interesante es su profesión.

Le sonreí de mala gana, pero tuve suerte porque en aquel instante la llamó un cliente.

Puse azúcar en la taza de café, lo moví con la cucharilla y bebí un trago. Luego continué leyendo.

Esther Crowley había sido encontrada muerta por su prometido David Garland. Éste había cenado con un célebre campeón de «basseball», del que pretendía conseguir que escribiera sus memorias. A las nueve y media se había separado del as, dirigiéndose en su coche a casa de su prometida. A esas horas debía estar sola, ya que la única criada que tenía la señorita Crowley dormía fuera.

Garland tenía una llave, la cual usó para franquearse la entrada. No necesitó andar mucho, una vez dentro del piso, porque Esther

Crowley estaba tendida sobre la alfombra, en el «*living*-room», con la daga hundida entre los omóplatos.

Lo que seguía después me puso la carne de gallina. En un pequeño «bureau» había sido encontrado un pequeño diario abierto justamente por la hoja correspondiente al catorce de marzo. En él había escritas unas palabras que David Garland identificó como hechas por la difunta. No decían nada más que esto:

> «Ocho y treinta noche. Vendrá Thomas Baker. Asunto galeón Henry Morgan comprado a Mark Cohen».

Luego el periodista recogía las palabras del teniente Hinkel. El asunto estaba claro. El galeón no había sido encontrado y, por tanto, hasta un chiquillo de doce años establecería una relación entre lo que se reseñaba en el diario y el hecho de que Esther Crowley hubiese sido asesinada. Lo único que necesitaba nacer era identificar al llamado Thomas Baker y echarle el guante. Por último, el reportero gastaba unos minutos de su precioso tiempo en poner en guardia a la sociedad contra los asesinos que demostraban desprecio por el sexo.

Doblé el periódico, lo volví a guardar en el bolsillo de la gabardina y llamé a Susana, preguntándole lo que le debía.

—¡Pero si no ha desayunado, señor Baker! —exclamó.

El que pronunciase mi nombre en voz alta me hizo estremecer, y no pude por menos que mirar a hurtadillas a mi alrededor, esperando ver a un policía dirigirse hacia mí. Pero no ocurrió nada, y dije a Susana:

—El caso es que he recordado ahora que tengo un trabajo urgente. No sé cómo lo he podido olvidar.

Le pagué los dos dólares que me pidió y me apresuré a salir del establecimiento.

En aquel instante una sirena policíaca aulló en el aire y poco después un coche pasó por la calzada y se detuvo cinco manzanas más arriba, justo en mi casa.

No quise ver más. Di media vuelta y me alejé de allí imprimiendo rapidez a mis piernas.

El teniente Hinkel ya sabía quién era Thomas Baker.

Capítulo II

Advertí que había estado andando durante dos horas cuando un reloj dio las campanadas de las diez. La noticia del periódico había convertido mi cabeza en una hirviente olla. Una cosa me preocupaba. En aquel instante un centenar de policías me estaría buscando por la ciudad. Habrían preguntando en mi casa, en el negocio de Tap Wind y, naturalmente, donde yo trabajaba, en la agencia de Scott. Yo no podía asomar la nariz por ninguno de aquellos sitios. Unas lindas esposas me esperaban para aferrarse a mis muñecas.

Tratando de prolongar cuanto más mi captura, me volví a meter en un cine. Esta vez lo escogí al azar y resultó que daban un programa de actualidades. Permanecí sentado en una de las butacas de las últimas filas tratando de esclarecer mis ideas.

Cuando me decidí a salir comenzaba la tarde, por lo que juzgué que durante el tiempo que estuve dentro habían dado dos vueltas como mínimo al programa. Oí que voceaban las ediciones del mediodía y compré de nuevo el «Star». Era un número extraordinario y sentí un poco de miedo al mirar la primera página. Se cumplió mi presagio. Allí estaba mi nombre, en el mismo tamaño de letra que si yo pretendiese rivalizar con el presidente Eisenhower en la candidatura a la presidencia.

En las últimas cinco horas mi estrella se había oscurecido totalmente.

Yo no había sido hallado en mi domicilio; pero, como compensación, el teniente Hinkel había cambiado impresiones con la vecina de mi apartamento, la señorita Terry Jones, la cual se había prestado gustosa a colaborar con la policía. Declaró que la tarde anterior estaba citada conmigo para cenar y que yo me había

presentado en su apartamento excusándome porque un trabajo urgente me imposibilitaba salir con ella.

Por otra parte, nadie de la casa pudo testimoniar que yo permaneciese en mi apartamento desde las ocho y media del día anterior hasta las once de la noche. Por si fuera poco, estaba la declaración de Laura Power. Ése era el nombre de la rubia empleada de Mark Cohen. Había contado al teniente la historia del galeón, haciendo resaltar especialmente el interés que yo había tenido por saber el nombre de la persona que lo adquirió, y las manifestaciones que hice sobre mi deseo de recuperarlo. Para el caso de que el teniente necesitase más, mi patrón Brandon Scott había aportado también su granito de arena. Scott había dicho a Hinkel que yo había repetido en muchas ocasiones, durante los últimos días, que en el momento menos pensado tendría dinero y entonces sería yo quien le diese con la puerta en las narices. Esto era cierto.

Estaba cogido en una trampa y me iba a resultar difícil escapar de ella. Me pregunté, ¿quién puede abrirte la puerta? La respuesta fue desconsoladora. Nadie.

Pero eso no era cierto en absoluto. Había alguien. Una sola persona podía hacerlo. Yo mismo. Sólo tenía que seguir un camino. Descubrir al verdadero criminal. Debía empezar a trabajar enseguida.

Vi un taxi que se quedaba libré, y cuando el pasajero hubo pagado su carrera junto al bordillo de la acera me sumergí en el vehículo y le dije al conductor que me llevase al puerto.

Media hora más tarde me introducía en un bar en que la mayoría de los clientes eran marineros.

Vi a mi hombre. Estaba en un rincón comiendo a dos carrillos un plato de calamares fritos.

Me acerqué a su mesa y me senté sin pedir permiso.

—¿Cómo estás, Glen?

El me miró con sus ojillos de ratón y los volvió al plato, como si yo no existiese.

Un camarero se acercó, y le pedí un *whisky* doble.

Glen Pretty terminó al fin de comer, bebió un gran trago de vino del vaso que tenía delante y comenzó a liar un cigarrillo.

—Necesito de ti, Glen —dije.

El no habló hasta haber arrojado la primera bocanada de humo.

—Tengo mujer y cinco hijos, señor Baker. No puedo hacer tratos con usted.

—Has leído el diario, ¿eh?

—Claro que sí, y no me gusta nada.

—Escucha, Glen. —Puse mi brazo sobre la mesa, acercándome más a él, y proseguí—: En mi vida he visto a esa mujer. Te lo juro. Aparentemente todo me condena, pero no hay nada de eso. Ayer me acosté antes de las ocho y estuve durmiendo en mi cama hasta esta mañana. ¿Recuerdas cuándo vine aquí la última vez? Te pregunté sobre un tal Billie Temple. Viniste al día siguiente a mi despacho para decirme que Temple había muerto un año antes en el hospital de San Vicente.

—Sí, lo recuerdo.

—Un cliente llamado Black Russell había querido saber el paradero de Temple. Fueron en otros tiempos amigos y socios, pero se separaron en Liverpool y Billie se le llevó a Black mil dólares. Russell estuvo trabajando por el Mediterráneo y el Atlántico, y al fin vino a pasar unas vacaciones a Nueva York. Maldigo la hora en que se dejó caer por mi despacho; pero lo cierto es que lo hizo y él es el culpable de que yo esté mezclado en este asunto.

Glen Pretty pareció mostrar un súbito interés por lo que yo le contaba, y su mirada se hizo más brillante.

—¿Qué relación hay entre lo que me cuenta y el asesinato de esa mujer? —preguntó.

—Black Russell no tenía dinero para pagar mis honorarios, o al menos eso fue lo que me declaró. Aquel día en que vino a recoger el informe de mi investigación llevaba consigo un galeón metido en una botella y me dijo que me lo quedare hasta que él volviese para pagarme lo que me debía. ¿Qué querías que hiciese? Yo acepté; pero el caso es que Black no volvió. Yo las venía pasando malas, y un buen día necesité echar leña al horno de mi estómago. Entonces se me ocurrió que alguien me podía dar unos cuantos dólares por el galeón. Lo empeñé en casa de ese prendero, Mark Cohen, con la idea de recuperarlo en cuanto —pudiese.

—¿Por qué, señor Baker? ¿Acaso es usted también coleccionista de antigüedades? Pudo venderlo de una vez y sacar más dinero.

—Hay cosas que a veces uno no puede explicar y que luego las

maldice. Ésta fue para mí una de ellas. Puedes considerarlo un capricho, pero lo cierto es que fue así. Sé que ese motivo hará reír a la policía, pero no existe otro. Me había gustado el galeón y lo quería entronizar en mi despachó cuando volviese a independizarme. Quería que fuese testigo de mi revancha.

—Desde luego es una historia que la policía no creerá.

—Lo sé perfectamente y estoy decidido a luchar. ¿Te das cuenta de la importancia que tiene para mí el dar con Black Russell?

—¿Conque quiere dar con Black?

—¿Lo conoces?

—Por estos andurriales todos nos conocemos. Pero Black no se ha dejado ver por aquí desde hace más de tres años.

—¿Tampoco lo has visto en las últimas semanas?

—Ya se lo he dicho. Tres años.

Las palabras de Pretty terminaron de abatirme. Estuvimos un rato en silencio y después hice una señal al camarero para abonarle el servicio. Mi vaso de *whisky* continuaba intacto. De pronto, Glen dijo:

—Quizá Magde sepa algo.

—¿Magde? ¿Quién es?

—La novia de Black. Estaban muy enamorados; pero eso fue hace tres años.

—¿Dónde puedo verla?

—Trabajaba como camarera de noche en «La Tortuga», pero ahora puede verla en su casa. Vive en el 192 de esta misma calle.

Vacié el vaso de *whisky* en mi garganta y pagué la cuenta al camarero, incluyendo la comida de Pretty.

—No estoy de buenas, Glen —le dije mostrándole los diez dólares que me quedaban—. Pero cuenta con una buena recompensa si logro salir de ésta.

—No se preocupe —sonrió Pretty—. Sólo le deseo que consiga sacudirse de encima a la bofia.

La casa en que vivía Magde era de feo aspecto. Una mujer entrada en años barría el vestíbulo, e interrumpió su tarea para mirarme de pies a cabeza.

—¿Qué quiere? —me preguntó con acritud.

—Necesito ver a Magde.

—Si no quiere cansarse de subir escaleras vaya a verla a La

Tortuga.

—No me cansan las escaleras.

—Está bien. Habitación 32, cuarto piso.

Cuando llegué arriba hube de darle la razón a mi informante. Descansé unos minutos para que mi respiración volviese a la normalidad. Luego recorrí un pasillo que me llevó hasta la puerta marcada con el número 32. No existía zumbador eléctrico y tuve que llamar con los nudillos. Poco después oí pasos y la puerta se entreabrió, apareciendo en el resquicio la cara de una mujer de unos treinta años de edad. Era bonita y poseía un cutis terso y suave.

—¿Qué quiere? —me preguntó.

—Necesito hablar con usted, Magde.

—¿Sobre qué? —inquirió ella de nuevo.

—Sobre Black Russell.

—¿Es de la policía?

Yo no le dije que sí ni que no. Me quedé tieso como una vara y ella dio la respuesta por afirmativa y me dejó pasar, diciendo:

—Adelante, y empiece a disparar.

—¿Desde cuándo no ve a Black? —pregunté.

—No llevo cuenta exacta, pero pongamos que hace tres semanas.

Aquello empezaba a marchar bien. Magde había visto a Black por lo menos ocho días después de que me dejase el galeón.

—¿Y luego? —quise saber.

—Se largó.

Sentía un escalofrío en la espina dorsal. La siguiente pregunta la hice después de haber tragado saliva.

—¿No le dijo adónde?

Magde sonrió sarcásticamente y me retrucó:

—¿Conoce algún marinero que lo haga?

Había tropezado de nuevo. Era ésa la comparación exacta. Me daba la impresión de que andaba por un camino oscuro en el que sólo de vez en cuando brillaba un rayo de luz.

—¿Qué ha hecho Black? —me preguntó de repente ella.

—Nada de importancia. No soy de la policía.

—¿Que no es…? —exclamó ella, dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo en actitud desafiante.

—No le he dicho que lo fuese.

Magde me miró más atentamente, y luego dijo:

—He de salir.

Aquello equivalía a una despedida; pero yo no podía dar la entrevista por terminada, porque tenía el presentimiento de que aquella mujer podía indicarme el lugar en que encontraría el hombre que yo buscaba. Intenté probar suerte, y dije:

—Black me encargó que diese con un tal Billie Temple que le debía mil dólares. Yo investigué y supe que Temple había fallecido. Así se lo dije a Black, y quedó terminado el asunto. Pero ayer mismo se presentó un hermano de Temple en mi despacho diciendo que Billie había reconocido en su testamento la deuda que tenía contraída con Black. Me la hizo efectiva, y yo ahora busco a Russell para reintegrarle el dinero.

Magde me miró con un punto de sospecha en sus ojos.

—¿No es usted demasiado honrado? Ha podido quedarse con los mil dólares sin que Black jamás se enterase.

—Un detective privado ha de ser fiel a carta cabal para que sus clientes confíen en él.

—Detective privado, ¿eh? —La bonita joven, que poseía además un cuerpo de formas bien modeladas, me sonrió por primera vez—. Black me habló de ese asunto de Billie Temple.

—¿Qué le dijo? —pregunté, empezando a pensar que de nuevo el asunto se encarrilaba.

Magde consultó su reloj y repuso:

—Ya le he dicho que me iba. No vuelva la cabeza. Voy a ponerme las medias.

Pasó por detrás de mí y la oí moverse mientras decía:

—Sólo me enteré de que Temple lo había plantado en Liverpool llevándose mil dólares.

—¿No le contó nada de un galeón metido en una botella?

A mi espalda se interrumpió el revoloteo de la falda, y Magde preguntó:

—¿Un galeón? —Hizo una pausa y luego añadió—: No; estoy segura de que no me habló de eso. ¿Qué tiene que ver con la deuda de Temple?

Sabía que ella se había quedado suspensa, y salí del paso diciendo:

—Soy aficionado a esos chismes, y cuando Black se despidió de

mí, me dijo que me mandaría con una persona un galeón metido en una botella. Es la única clase de barco que falta a mi colección.

Magde siguió poniéndose las medias.

—Me escribió hace cinco días —declaró.

Tuve que hacer un esfuerzo para que no se me notase la emoción.

—¿Dónde está?

—En Miami. Se aloja en el hotel Tropical.

—¿Cuándo piensa volver?

—Dice que dentro de un par de semanas.

—Creí que Black tenía poco numerario. Para ir a un sitio de ésos se necesita llevar la cartera llena.

Magde volvió a aparecer ante mis ojos y me sonrió, diciendo:

—¿Cree que él ha ido allí en plan de turismo?

—¿A qué, si no?

—Un tipo que no sabe qué hacer con los billetes está construyendo una goleta y contrató a Black para que lo asesorase.

Me levanté, porque ya nada tenía que hacer allí, y me encaminé hacia la puerta. Con la mano en el pomo me volví para decir:

—Gracias por su información, Magde. Si es como usted dice, esperaré a que vuelva.

—Le escribiré mañana mismo. Esto me recuerda que aún no sé cuál es su nombre.

—Bastará que le diga que soy la persona a quien encargó encontrase a Billie Temple. Hasta la vista, Magde.

Bajé deprisa las escaleras y una vez gané la calle me dirigí de nuevo hacia el bar en donde había hablado con Pretty. Todavía estaba en el rincón con su vaso de vino delante.

—¿Qué tal le fue? —me preguntó cuándo me senté a su lado.

—Necesito ir a Miami, Glen.

—Está allí, ¿eh?

—¿Te das cuenta? No puedo utilizar el autobús, ni el avión, ni el tren. El dinero es lo de menos ahora. Aunque lo tuviese, de nada me valdría. Deben de estar vigilando todas las salidas de la ciudad.

Glen se quedó un rato pensativo y al final dijo:

—Hay un amigo que va esta noche a Miami en un camión. Lleva allí una carga de caña de pescar. —Clavó sus acerados ojos en los míos y sonrió socarronamente mientras decía—: Quizá se lo pueda

arreglar.

Yo también le sonreí. Con Glen Pretty nunca soñaría como uno de los tripulantes de mi galeón.

CAPÍTULO III

El encargado del registro del hotel Tropical de Miami me sonrió y, haciendo una ligera inclinación, preguntóme:

—¿Desea habitación, señor?

—Quizá luego, más tarde —repuse—. Antes quisiera hablar con un amigo mío que se hospeda aquí. El señor Black Russell.

—¿El señor Russell? —repitió él, y sus labios continuaron sonriendo—. Un cliente muy simpático. Es muy posible que lo encuentre en su apartamento en este momento. Es el 98, cuarto piso.

Di las gracias y me encaminé al ascensor. Descendí en la planta que me habían señalado y cuando me encontré ante la puerta marcada con el número 98 pulsé el timbre.

—Puede pasar —dijo una voz desde dentro.

Pasé a un «*living*-room» muy bien amueblado, en donde había un hombre sentado en un sillón poniéndose unos zapatos. Había interrumpido su tarea para mirarme. Frisaría en los treinta años de edad, y era moreno, de piel muy curtida, ojos azules y maxilares poderosos. Yo no lo había visto antes en mi vida.

—¿Qué desea? —preguntó.

—He venido a hablar con el señor Russell. Black Russell.

—Bien —dijo él—; lo tiene delante. ¿Qué es lo que quiere?

No estaba preparado para aquello y empecé a sentir súbitamente un hormigueo en el pie derecho.

—¿Es usted Black Russell?

—Ya se lo he dicho.

—¿Y tiene usted una novia en Nueva York cuyo nombre es Magde Robertson?

Mi interlocutor asintió con la cabeza. Hubo una pausa que él

aprovechó para terminar de ponerse los zapatos, y se incorporó. Media uno setenta de estatura y era muy musculoso.

—Ahora sólo falta que se presente usted —sugirió.

—Me llamo Harry Wrigth —le mentí—. Y soy inspector de la compañía de seguros El Futuro Feliz. Todos los meses me doy una vuelta por Miami para asegurar las vacaciones de los turistas.

—¿Asegurar las vacaciones de los turistas? ¿Qué quiere decir con eso?

—Los que suscriben nuestras pólizas reciben una indemnización en el caso de que sus vacaciones queden estropeadas por el mal tiempo. Es un seguro genuino en la empresa en que trabajo. No hay ninguna entidad en nuestro país que se haya atrevido a cubrir ese riesgo.

Black Russell me escuchaba con el ceño fruncido, no muy convencido de que yo estuviese hablando en serio.

—Bueno, señor Wrigth —dijo—. Creo que han tenido ustedes una idea excelente, pero por lo que a mí atañe, ha demorado demasiado su visita. El caso es que me marcho dentro de unos días y nos está haciendo un tiempo excelente. Acostumbro a leer los partes meteorológicos y en ninguno de los que han dado en los últimos días se prevé ningún ciclón.

—No puede uno fiarse de ese servicio. Muchas veces ni los propios técnicos del observatorio han sabido explicar el fracaso de sus predicciones.

—Es posible que sea como usted dice, pero le he de advertir que yo soy marinero. Conozco los lugares de la costa y puedo anticiparle que el cielo seguirá siendo azul durante la próxima semana por lo menos.

Si Russell hubiese accedido a contratar una póliza yo habría demorado el asunto con cualquier pretexto, lo cual me hubiera dado pie para otras visitas; pero así todo quedaba terminado. Di media vuelta y me dirigí hacia la puerta. Antes de que llegase a abrirla, él carraspeó preguntando:

—¿Cómo sabe usted lo de Magde?

Giré, contestando rápidamente:

—Estuve hace unos días en Nueva York y conocí a Magde en La Tortuga, el local donde trabaja. Hicimos amistad y me habló de usted. Yo le dije que tenía que venir por aquí y me pidió que lo

visitase para que le diese sus recuerdos.

—Ha sido usted muy amable y siento no poder aceptar sus servicios.

—No se preocupe. Hasta la vista, Russell.

—Ya en el corredor, cerré a mis espaldas y empecé a andar como un sonámbulo. Ahora era cuando aquel apunto me parecía más descabellado. Un Black Russell me había visitado en mi despacho para encargarme un trabajo, desapareció dejándome un galeón; yo lo empeñé; lo compraba una tal Esther Crowley y ésta moría asesinada. Me ponía a buscar a Black, y cuando lo encontraba resultaba ser otro hombre distinto al Russell que yo conocía. ¿Qué significaba aquello?

Bajé en el ascensor, y cuando cruzaba el vestíbulo dirigiéndome hacia la salida, una voz me llamó por mi nombre:

—¡Tom!

—¿Cómo estás, Pamela? —La saludé, saliendo del letargo en que me había sumergido. Ella me tendió la mano, sonriendo, mostrándome sus nacarados dientes, y yo se la estreché.

—¡Tom Baker! —susurró ella. Y de pronto dijo, cambiando el tono de su voz—: He deseado enormemente que llegase este día.

—¿Para qué?

—Para enfadarme contigo. Te marchaste de la ciudad sin despedirte de mí.

Era cierto lo que decía, pero lo que no me figuraba era que ella lo hubiese sentido, y aquella confesión suya hizo que mi corazón acelerase sus latidos.

—Probablemente no lo hice porque hubiese perdido el tren.

—Pero podías haberme escrito, Tom. ¡Tres años sin acordarte de los amigos! Ninguno de ellos supo darme ninguna razón de ti. Hasta se llegó a pensar que habías muerto; pero yo me resistía a creerlo. Les decía a todos que estarías demasiado atareado en Nueva York convirtiéndote en un gran hombre, y estoy segura de que no me he equivocado.

Observé la llama que había en sus ojos y no me consideré con fuerzas para decirle que era un fracasado. Más que eso: un hombre a quien la policía perseguía por asesinato. —No me ha ido mal del todo— le contesté.

—Tu presencia en Miami no puede indicar otra cosa, pero no

consentiré que te alojes en ningún hotel. Papá compró el año pasado una casa aquí, cerca de la playa.

—Agradezco mucho tu invitación… —empecé a disculparme; pero ella me interrumpió:

—Esta vez no te escaparás como entonces, Tom Baker. O vienes a mi casa o te obligo a marcharte de Miami.

Le sonreí.

—¿Cómo lo ibas a conseguir? —pregunté.

—Somos muy amigos de un teniente de la policía local. Y yo poseo una fértil imaginación. Podría decirle, por ejemplo, que tú eres un peligroso contrabandista de drogas o un jugador profesional. El teniente Ansine tiene tanta confianza en nosotros que ni siquiera se detendría a comprobar mi acusación. Te metería en un coche y te dejaría a unas cincuenta millas de la ciudad.

—De acuerdo —dije—. Tus razones son convincentes. Seré tu invitado.

—Estupendo, Tom.

—Pero quizá no le guste a tu marido.

—¿Marido? —Pamela hizo una pausa y soltó una carcajada—. Pero, Tom… Si yo no estoy casada… todavía.

Me mostró las manos. Unas manos de dedos largos en las que no había ningún anillo.

—¿Quién va a ser el afortunado? —pregunté.

—Jim Soustelle. Dentro de un momento lo conocerás. Me extraña que todavía no esté aquí. Es un hombre muy ocupado.

—¿En qué?

—Fabrica material agrícola en Montgomery, Alabama. Es un gran deportista. Le gusta mucho el mar, y ahora está construyendo una goleta. Quiere que hagamos nuestro viaje de boda en ella recorriendo el Caribe.

Aquellas palabras me hicieron recordar las de Magde. Black Russell se hallaba en Miami asesorando a un hombre que construía una goleta.

Me sacó de mi abstracción la voz de Pamela.

—Date prisa, Tom. Has de avisar en el hotel que te lleven el equipaje a mi casa. Bastará que digas que te hospedas en casa del señor Norton.

Era una nueva dificultad. Naturalmente, carecía de equipaje

alguno.

—Escucha, Pamela —le dije—. El caso es que estoy citado con un hombre de negocios para dentro de un par de días y me interesa conservar el apartamento.

—Bueno, cuando tengas necesidad vienes aquí.

—Además hay otra cosa. El asunto en que estoy metido es de gran envergadura y no me conviene que me conozcan por mi verdadero nombre. Ahora me llamo Harry Wright.

—No te preocupes. Seré una tumba, Harry. ¿Está así bien?

—Eres una gran chica; pero puede que a tu padre le extrañe todo este jaleo.

—Papá no se encuentra aquí ahora. Tenía que resolver un par de asuntos urgentes y se marchó hace unos días. No regresará hasta la semana próxima.

Vi que se acercaba un hombre hacia nosotros por detrás de Pamela.

—Buenos días, querida —dijo al llegar a nuestro lado.

—Hola, Jim —lo saludó ella—. Tengo el gusto de presentarte a un antiguo amigo, Harry Wright. Éste es mi prometido, Harry.

Jim Soustelle y yo cambiamos un apretón de manos mientras nos sonreíamos mutuamente.

Jim estaba por los treinta, medía uno ochenta, y su rostro era un tanto de rasgos duros.

—He invitado a Harry a que pase unos días en casa, Jim; y como creo que te gustará vigilarnos —bromeó Pamela—, he pensado que tú también te podrías venir allí.

—No es mala idea —aceptó Soustelle, mirándonos alternativamente a Pamela y a mí—. No me resigno a que me dejes plantado ahora. La goleta estará lista dentro de una semana; así que ya puedes empezar a pensar cuándo nos casamos.

—¿Qué te parece si esperamos a que vuelva papá? A él no le gustaría que lo dejásemos aparte.

—De acuerdo, querida. —Soustelle se dirigió a mí, preguntándome—: ¿Viene con nosotros, Harry? Queremos echarle un vistazo a la embarcación que me están construyendo.

No quise desaprovechar la ocasión y acepté. Inmediatamente salimos fuera.

Jim se puso ante el volante de un «De Soto» descapotable,

modelo 1956, y Pamela y yo ocupamos el asiento trasero.

Durante los doce minutos de trayecto, ella recordó los viejos tiempos de Jacksonville. Me contó lo que hacía cada cual de la pandilla. Casi todos los amigos se habían casado ya, y hasta alguno se había dado prisa en tener un par de retoños.

—¿Y tú, Harry? —Me disparó—. ¿Cuándo te casas?

—Ya sabes que soy de los duros.

—Eso es porque no se te ha cruzado todavía en el camino la mujer que haya de llevarte tras ella.

Sonreía amargamente y tuve la esperanza de que no lo notase. Pamela no podía suponer que era ella la única mujer que yo había querido de veras. Precisamente aquel sentimiento mío hacía su persona había sido el motivo personal de que abandonase Jacksonville. Pamela gozaba de una posición envidiable: su padre era uno de los hombres más acaudalados de la ciudad, una de esas fortunas a las que la gente califica de sólidas. ¿Y quién era yo? Huérfano de padres a los cuatro años de edad, me recogió una hermana de mi madre. Había tenido que trabajar para pagar mis estudios.

Y ahora, por una paradoja del destino, me encontraba con Pamela en el lugar más insospechado y en las circunstancias menos propicias.

—¿En qué estás pensando, Harry? —me preguntó de pronto.

Me di cuenta de que ella me estaba hablando sin que yo la escuchase.

Afortunadamente, en aquel momento se detuvo el coche y Jim saltó fuera, diciendo:

—Vamos, muchachos. Ya hemos llegado.

Nos hallábamos en un pequeño promontorio y a nuestros pies, a unas treinta yardas, se veía el mar azul. Era una pequeña cala. Uno de esos escondrijos que tanto abundan en la costa sur de Florida. Vi unos cuantos barracones de madera cerca de la playa y en medio de la arena la goleta en construcción. En realidad la vi terminada; aun cuando una docena de hombres iban y venían por la cubierta de un lado a otro. Lo único que debía faltar era su acondicionamiento interior.

—Es maravillosa, ¿no te parece, Harry? —dijo Pamela.

La miré y la vi con el cabello ondeante al viento, hermosa como

una divinidad salida del mar que tenía a sus pies, y asentí:

—La más bella que he visto en mi vida.

Soustelle me observó con sus ojos pardos y se dio cuenta de que yo había estado mirando a su prometida. Luego él tomó la mano de Pamela y dijo:

—Bajemos ya. Quiero que lo veáis todo.

Caminamos por la arena y; más tarde, ascendimos por una escalera a la embarcación. Los hombres que trabajaban saludaron respetuosamente a los futuros dueños de la goleta.

Jim dijo de bajar a la cámara, y pensé que debía dejarlos solos. Me disculpé, diciendo que prefería quedarme arriba respirando el aire yodado. Me dirigí a la proa solo, saqué un cigarrillo y lo encendí. Cuando levanté los ojos vi a Black Russell que se acercaba por la playa. El también me vio a mí y se detuvo un instante, observándome. Luego continuó andando, subió a la embarcación y yo creí que vendría donde yo estaba, pero no hizo eso, sino que bajó a los camarotes, en donde se hallaban Pamela y Jim. Al cabo de un rato subieron estos dos, y cuando la muchacha me hizo una señal me acerqué a ellos.

—¿Te has saturado ya de aire del mar? —me preguntó Pamela.

—Esto es lo que me haría falta todos los meses, unos cuantos días de descanso —contesté.

—Anda, vamos, Harry. No puedo hacer esperar a mis invitados.

Volvimos al coche y, tras una carrera de unos diez minutos, nos detuvimos ante una casa a la que llegamos cruzando un bonito jardín en el que crecían hermosas plantas tropicales. La residencia veraniega de los Norton era digna de su fama y debía de haber costado al padre de Pamela unos cuantos miles de dólares.

Al saltar del coche vi a tres personas que saludaban con la mano desde la terraza. Pamela gritó:

—¿Qué tal, chicos? —Se colgó de mi brazo y dijo, murmurándome—: Quiero presentarte a mis amigos.

Jim había dicho no sé qué del motor y estaba agachado sobre él echándole una ojeada. Pamela y yo subimos una escalera de piedra y llegamos a la terraza. Vi a una rubia de majestuosa belleza. Ataba sus cabellos con una cinta roja y se vestía solamente con una camisa y unos *shorts* que mostraban sus piernas desnudas, unas piernas perfectas que me hizo suponer que exhibiría sobre algún tablado.

—Harry, ésta es Kate Ryan, la famosa artista.

La había visto una vez, y el hecho de que ahora no la reconociese me hizo comprender la diferencia que existe entre una mujer que se mueve sofisticada sobre un escenario y ella misma portándose como una persona a la luz del sol.

—Éste es Harry Wright, Kate —decía Pamela—. Ten cuidado con ella, Harry. Se ha prometido cinco veces, pero jamás ha llegado a casarse. Está considerada por los hombres como una mujer muy peligrosa.

Kate clavó sus profundos ojos verdes en los míos e hizo un mohín, al tiempo que me tendía la mano.

—Bonita propaganda, querida. He de reconocer que resulta más ingeniosa que la de mi agente.

Luego, Pamela me presentó a dos hombres. Uno se llamaba Leslie Drewett, y era el autor de las comedias musicales que representaba Kate. Frisaría en los cuarenta años de edad y era obeso, carirredondo, con grandes bolsas bajo los ojos. Vestía camisa de colorines, pantalón blanco de línea impecable y calzábase con zapatos inmaculados. El otro se llamaba Robert La Mure, periodista de Nueva Orleáns, y era poco más o menos de mi edad y talla, de cabellos rubios muy rizados, rostro curtido, de rasgos faciales corrector y maneras elegantes. Podía pasar por cualquier cosa menos por periodista.

Terminadas las presentaciones, La Mure sugirió que tomásemos un cóctel, pero Pamela se opuso, diciendo que debía enseñarme mi habitación.

Cruzamos un gran vestíbulo y subimos por una escalera semicircular de esas que sólo se ven en el cine. Pamela me hizo penetrar en una habitación en la que no faltaba nada: una biblioteca adosada a la pared con libros que jamás habían sido abiertos, un bar en un rincón, el teléfono directo…

—Ahí tienes para cambiarte.

Contemplé, colgado de sus perchas, un *smoking*, dos trajes de *sport*, y en la parte inferior, zapatillas y zapatos de diversas características.

—Creo que irán bien a tu talla —me dijo mi hada—. Pero si no es así, sólo tienes que llamar al cuarto de la servidumbre.

—¿No te he dicho que tengo mi equipaje en el hotel? —objeté

yo—. Puedo ir allí a cambiarme.

—Mi madre quiso hacer frente a todas las contingencias cuando alguno de mis invitados nos visitase.

—Pero esto es demasiado.

—No seas gruñón y cámbiate. Baja pronto —me tiró un beso al aire y se marchó.

Me senté en un sillón y permanecí un rato en actitud pensativa, preguntándome cuáles serían, respecto a mí, los designios del cielo. El asunto se había complicado por momentos y sentí algo así como si mis pies se estuviesen hundiendo en el cenagoso suelo de Florida.

Decidí mandar al diablo mis cavilaciones. Tomé un baño, me rasuré con la maquinilla y luego elegí el más discreto de los trajes *sport*, No diré que me sentaba como un guante, pero podía pasar como mío.

Cuando bajé a la terraza, Kate Evan me salió al encuentro, alargándome un vaso que contenía algo de un color parduzco.

—Pruébelo, pero no lo beba muy deprisa —me dijo—. Es una invención de Leslie. Se le ocurrió la noche que estrenamos «El pijama de la chica del 22».

Bebí un trago del brebaje y me supo a infiernos, pero era lo que yo necesitaba para levantar mi ánimo, y sonreí, diciendo:

—No está mal.

—Recuérdeme que le dé la receta. Con tres como ése puede mandar al otro mundo al más insoportable de sus amigos.

Comimos en la terraza y luego cada cual se fue a dormir un par de horas en su habitación. Ése era el propósito, pero yo no pegué un ojo. No sé cómo lo pasarían los demás.

A las cinco y media, cuando ya había descendido el sol, bajé al vestíbulo y pregunté a un criado por la señorita Pamela. Me dijo que ella y Jim se habían ido de compras a la ciudad. Como no vi a ninguno de los otros invitados, decidí hacer una descubierta por los contornos y salí de la casa.

Eché a andar por la vereda que conducía a la playa y aprecié el runruneo del motor de un coche que llegaba por la carretera. Me detuve y esperé. Poco después chirriaban unos frenos y el vehículo se detuvo arriba. Yo no podía ver nada, porque el terreno en aquella parte era bastante quebrado. Me llegó un murmullo y luego percibí una voz clara. Estaba hablando Robert La Mure, el periodista de

Nueva Orleáns.

—Está claro como el agua —decía—. El asunto no se me puede escapar de las manos.

—¿Tú crees, Bob? —le preguntó una mujer cuya voz no pude identificar.

—Claro que sí, no hay ninguna dificultad.

—Tengo un poco de miedo.

—Tonterías tuyas. ¿Es que no te das cuenta? Me embolsaré medio millón de dólares, y no tendrán más remedio que dármelos, porque en caso contrario, ellos perderán más que yo. Por fin podré vivir como siempre he deseado. ¡Y me reiré de todos!

—Sigue sin gustarme el asunto.

—A veces me cansas con tus lamentaciones. Conozco el negocio y no dejaré que nadie me lo pise. Es mi gran oportunidad. Ganaré, en pocas horas, más dinero del que pueda recibir en toda mi vida de periodista.

—Está bien. Como tú quieras, Bob —convino la mujer.

—Así me gusta, encanto.

Luego me llegó el chasquido de un beso y tras él hubo un silencio.

—No, esta noche, no —dijo ella.

La Mure emitió una risita.

—Sí. Hoy no es tu día, querida. Será mejor que regresemos.

Embragó el coche y, poco después, el ruido del motor se perdía en la lejanía.

Yo quedé todavía un rato inmóvil, tratando de comprender el significado del diálogo que acababa de oír. Había resultado altamente interesante y, por primera vez desde mi encuentro con Black Russell, pensé que había valido la pena venir desde tan lejos. Allí se estaba cocinando algo, y yo me sentía dispuesto a levantar la tapadera para ver de qué se trataba. Miré hacia abajo, en donde se encontraba la goleta. Todo continuaba tranquilo, pero ahora descubrí algo que no había visto desde la carretera. Una fogata junto al último barracón de madera.

Cuando me acercaba, un hombre que había sentado junto a la lumbre se irguió:

—¿Quién es usted? —preguntó, y vi brillar en su mano una escopeta.

—El señor Wrigth, un invitado de la señorita Norton.

Recorrí la distancia que me separaba de él, observando que había cumplido ya los cincuenta y que sufría una desviación de la columna vertebral.

—Ha de andar uno con cuidado —me explicó—. El señor Soustelle ha invertido mucho dinero en esta goleta y podría resultar a alguien muy atractivo darse una vuelta por aquí.

—¿Son frecuentes los robos?

—No se hacen muchos. Por estos contornos solamente vive gente de dinero y para la policía resulta fácil identificar a cualquier vagabundo. Casi nunca llegan a la costa, les cogen antes y les meten en el ferrocarril, pagándoles el billete hasta el límite del Estado. Ya sabe, es una medida de saneamiento. A la gente de dinero no le gusta contemplar la miseria a su alrededor.

—¿Ha sido usted marinero?

—Claro que sí. Todos los que tenemos algo que hacer en esa goleta lo hemos sido.

—Ha hecho un buen trabajo ese Black Russell, aunque no comprendo por qué el señor Soustelle ha ido tan lejos a buscar un asesor. Estoy seguro de que entre ustedes habrá buenos conocedores de la forma en que se ha de construir una goleta.

—Ha sido cosa del amo. También lo hemos comentado nosotros, pero nos toca oír, ver y callar. Además, según me han dicho, Black Russell ha estado navegando casi siempre por el Caribe.

—¿Eso le han dicho?

El guardián frunció el ceño.

—El amo nos presentó a Russell como un viejo conocedor de todos los cayos que hay desde aquí a las Bermudas.

—Bueno, quizá sea yo el mal informado. ¿Cómo se llama usted?

—Jeff Stone.

Le ofrecí un cigarrillo y yo me puse otro en los labios. Luego de encender, Stone preguntó:

—¿Pasará mucho tiempo en casa de la señorita Norton, señor Wrigth?

—Unos cuantos días.

—Si le gusta la pesca puedo indicarle un lugar donde encontrará las mejores lubinas.

—Es mi deporte favorito —contesté, para no desanimarle.

—Es tres millas al norte de aquí. Encontrará una cala mucho más pequeña que ésta.

Colóquese en el espigón más saliente de los que vea y pasará un gran rato.

—Gracias, Jeff, tendré en cuenta su consejo.

Me despedí de él y subí a la carretera, emprendiendo el camino de regreso a la casa.

En la terraza estaban todos, incluso el propio La Mure. Pamela se apartó de Jim y se dirigió a mi encuentro.

—¿Dónde te has metido, Harry? Empezábamos a pensar que te habrías perdido.

—Fui a dar una vuelta para abrir el apetito.

—¿Encontró algo interesante? —preguntó Jim, manteniendo en alto un vaso de *whisky*, Kate Ryan bailaba con Leslie y me hizo una señal con la mano, dándome la bienvenida. Junto a la pared había una radio que emitía un blue. Jim seguía mirándome, esperando una respuesta, y yo se la di:

—Fui hasta la cala donde usted construye la goleta, pero me aburrí soberanamente. Sólo pude hablar con un guardián llamado Stone.

Miré a hurtadillas a La Mure, el cual se servía un vaso de ginebra, y noté que detenía el movimiento de sus manos permaneciendo inmóvil unos instantes.

—Tengo curiosidad por saber cómo bailas ahora —me dijo Pamela, y me ofreció gentilmente la cintura.

Vestía un suéter apretado y una falda plisada. Estaba sencillamente encantadora. La abarqué con mi brazo y nos dejamos llevar por el ritmo. Ella se apretó peligrosamente contra mí y mis labios rozaron su frente. Corría el mes de marzo y hacía una noche casi veraniega. La vida tiene a veces esos contrastes. Resultaba absurdo que me encontrase ante un peligro que me agobiaba, y, al propio tiempo, estrechando contra mi pecho a la única mujer que había dejado huella en mi vida. Deseé que aquel instante se prolongase hasta el infinito, pero algo vino a decirme que eso era imposible. Las miradas de dos hombres convergían en mí, mientras yo me deslizaba por el piso con Pamela. Las de Jim Soustelle y Robert La Mure.

CAPÍTULO IV

Estaban golpeando la puerta y yo me desperté bostezando.

—¡Eh, perezoso! ¡Levántate de una vez!

Era la voz de Kate Ryan. Oí que se introducía en la habitación de al lado y yo salté de la cama, poniéndome en guardia.

—No entre si quiere evitar un escándalo.

Ella emitió una risita y me dijo:

—No es necesario que se lo cuente a sus papas. Sólo quiero tomar un *whisky* mientras usted se viste.

Me metí en el cuarto de baño y tomé una ducha caliente. Oí dos veces el gorgoteo de la botella que manejaba Kate. Me puse el mismo traje *sport* que el día anterior y salí al «*living*-room». Kate se volvió de junto al rincón del bar. Era una maravilla de criatura. Ella lo sabía y trataba de sacarle el máximo partido a esto.

Ahora sólo se cubría con unos «*shorts*» y una blusa cuyos extremos se anudaban delante, dejando al descubierto un pequeño trozo de su frágil cintura. Notó el brillo de mi mirada, y dijo:

—Yo lo llamo «modelo persuasivo».

—Es usted un encanto, Kate. Pero antes debiera enterarse de qué clase de tipo soy yo.

—Para esas cosas no necesito ayuda de nadie —se adelantó hacia mí y me alargó un vaso de *whisky*—. Le he tomado el número ya, Harry.

No acostumbro a beber antes de desayunar, pero esta vez hice una excepción. Luego de achicharrar un poco mi estómago pregunté:

—¿Se han levantado también los demás?

—Claro que sí. Y ya se han marchado todos.

—¿Adónde? ¿Es que hay alguna fiesta?

—No. Se han ido a la playa. Será mejor que coja el bañador y nos vayamos también nosotros.

Fui al armario de las sorpresas y, efectivamente, como no podía ser menos, en uno de los cajones encontré varios modelos. Cogí un pantalón color seta y regresé junto a Kate.

Yo estaba luchando contra el tiempo y había dejado transcurrir muchas horas sin que hubiese adelantado algo apreciable en mi trabajo.

Desayunamos rápidamente y salimos de la casa.

Delante de la escalinata había un coche «Jaguar». Kate explicó:

—Me lo regaló un lord cuando me presenté en Londres el año pasado.

Se sentó ante el volante y yo a su lado. Cuando llevábamos ya un par de minutos de viaje, Kate me pidió un cigarrillo. Yo encendí dos y le puso uno de ellos entre los labios.

Nos detuvimos en una cala y bajamos a la playa, pero yo no vi a nadie. Kate me sonrió y dijo:

—Siempre he pensado que dos son bastantes. ¿Enfadado?

—En absoluto.

Mostraba en la mano un envoltorio que había sacado del coche y empezó a correr hacia una roca, mientras me gritaba:

—En un momento me cambio. Hazlo tú también, Harry.

Busqué otro biombo natural y poco después me cortó la respiración. Se cubría con un dos piezas de un color fuertemente rojizo, que contrastaba con su piel morena y su espléndida cabellera rubia. Nos sentamos en la arena y ella me preguntó:

—¿Cuándo te irás, Harry?

—No lo sé —contesté, pensando en que tal vez saliera de aquella casa para ocupar una habitación por cuenta del Estado—. ¿Y tú?

—Cuando Leslie termine su trabajo. Dice que ya está a punto de hacerlo. Es absurdo que un autor de éxito como él se dedique a perder el tiempo con esa biografía de Henry Morgan.

Aquel nombre me hizo estremecer y después de tragar saliva, con la mirada fija en la línea recta del mar, pregunté:

—¿El financiero?

—¡Oh, no! Es solamente el pirata.

—¿Por qué ese interés de Leslie por Morgan?

—El dirá que desde niño sintió honda admiración por el

bucanero y ya a los doce años escribió unos cuadernillos de aventuras sobre él. Compró una multicopista e hizo copias que vendía entre sus amigos a dos centavos. Creo que Leslie nació ya con sentido comercial.

—¿Le ha encargado alguna editorial hacer esa biografía?

—No. Pero él dice que la colocará en cuanto quiera.

—¿Y cómo se las arregla aquí para conseguir datos sobre la vida de su personaje? No creo que Henry Morgan viviese por estos contornos.

—Antes de acogernos a la hospitalidad de Pamela hemos estado diez días dando vueltas por el Caribe. No ha quedado un solo archivo o biblioteca importante que Leslie no haya visto. Además, la obsesión no le ha atacado de pronto. Llevaba un año haciendo gestiones al respecto.

—Supongo que Black Russell, el marinero que asesora a Soustelle en la construcción de la goleta, le habrá proporcionado algún informe.

Kate me miró con las dos cejas ligeramente arqueadas.

—¿Black Russell? Nunca los he visto hablando. ¿Crees que podría prestarle ayuda?

—Anoche me dijeron que Black Russell está considerado como un hábil conocedor de las aguas del Caribe.

—No sé. Yo estoy al margen de todo eso y muchas veces he buscado una excusa para escapar del lado de Leslie, cuando se ha puesto pesado con su Henry Morgan.

—¿Ya Soustelle? ¿Le gusta oír hablar del pirata?

—Los hombres, muchas veces, os cogéis a cualquier cosa para mantener una conversación. He visto a Jim, a La Mure y a Leslie hablar sobre Morgan durante más de una hora.

—Supongo que Leslie tendrá consigo todos los datos que ha logrado reunir durante este año de trabajo.

—A veces se encierra días enteros en su habitación y no se separa de la portátil.

Me quedé un rato en silencio, pensando en que tenía que hacer una visita a la habitación del autor teatral.

—¡Pero, Harry! —dijo Kate, con cierta vehemencia—. ¿Es que hemos venido aquí para hablar de Henry Morgan?

—Perdona, tienes razón. Es lo que tú dices. Los hombres somos

raros para elegir un tema de conversación.

—Anda, vamos a bañarnos —propuso ella, y se levantó para correr hacia el mar.

Creí que me sería fácil ganarla y, de pronto, me di cuenta de que, para conseguirlo, habría de poner toda la carne en el asador. Kate me sacó una yarda de ventaja en el primer minuto de carrera. Yo apreté un poco más la marcha y cuando miré hacia delante la vi todavía más lejos. Mi corazón se me encogió. Aquella Esther Williams me iba a dejar en ridículo.

Entonces sólo me quedó una solución. Era mi orgullo de hombre. Solté un grito, y ella me preguntó:

—¿Qué te ocurre, Harry?

—Ha sido un calambre. Me dio antes, cuando empezamos la carrera, pero no le concedí importancia.

—¿Necesitas ayuda?

—No. Puedo ir solo.

Ella se mantuvo unos instantes flotando indecisa y, finalmente, prosiguió hacia el promontorio. Yo me lo tomé con bastante calma y habría avanzado tres yardas cuando ya ella había ganado la costa y la vi trepar por las rocas. Luego desapareció.

Al cabo de un buen rato, seis minutos después que ella, salí del agua y me senté en una gruesa peña, bendiciendo la caricia del sol. Llevaba en aquella actitud unos segundos cuando un grito de terror electrizó el aire. Había sido lanzado por la garganta de Kate. Me puse en pie de un salto y corrí hacia arriba, lanzando maldiciones cada vez que mi dedo gordo tropezaba contra las rocas. Pasé a la otra vertiente del promontorio y vi a Kate cogiéndose la garganta, mirando a uno de los hoyos que había en aquella parte de la costa.

—¿Qué pasa, Kate? —le grité.

Mi primer pensamiento fue que había visto un pulpo gigante o cualquier otro bicho. Cuando llegué a su lado, se echó en mis brazos y me miró horrorizada.

—¡Allí abajo, Harry!

Me separé de ella y miré donde decía. Di un respingo contemplando en el fondo del hoyo el cadáver de un hombre boca abajo.

El agua del mar penetraba por el agujero, tocándole suavemente un costado. Aun cuando no le veía la cara, reconocí su ropa, ahora

empapada; su cuello de toro y sus anchas espaldas. Aquél no podía ser otro que el Black Russell que me había visitado en mi despacho de Nueva York, el hombre a quien yo necesitaba encontrar vivo para probar mi coartada ante el teniente Hinkel.

Me volví hacia Kate, que estaba muy nerviosa, y pregunté:

—¿Desde dónde podemos llamar a la policía?

—Hay una casa cerca de aquí. Pertenece a un tal Alex Vickers. Pamela dice que es un tipo un poco raro.

—Raro o no, vamos a hacerle una visita.

Preferimos ganar la playa siguiendo el cabo a ir nadando, y unos minutos más tarde, ya vestidos, nos metíamos en el «Jaguar». Yo me puse al volante esta vez, porque Kate todavía no se había recobrado del susto. Me indicó la dirección a seguir y, poco después, abandonábamos la carretera y tomábamos un camino enarenado. Nos detuvimos ante un jardín rodeado de una verja, cuya puerta estaba cerrada, e hice sonar repetidas veces el claxon.

Un hombre que llevaba en la cabeza un sombrero de paja asomó al poco rato la cara por entre los barrotes.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Necesitamos usar el teléfono —contesté—. Hemos encontrado un hombre muerto en la cala.

Embragué de nuevo y penetramos con el coche en el jardín, haciéndolo detener junto a una casa de construcción muy parecida a la de Pamela.

El hombre del sombrero de paja vino por detrás de nosotros y nos indicó que podíamos seguirle. Nos introdujo en un vestíbulo y nos rogó que esperásemos. Oímos un murmullo de voces y, poco después, salió nuestro guía junto a un hombre alto de edad indefinida. Vestía un traje de paño veraniego color verdoso y mostraba una camisa blanca, impecable, abrochada al cuello, sin corbata.

—Soy Alex Vickers —se presentó—. ¿Es cierto lo que me cuenta mi criado?

—La señorita Kate Ryan —dije—. Mi nombre es Harry Wright, y somos amigos de la señorita Norton. Efectivamente, hemos encontrado el cadáver de un hombre. Su ca: a es la más cercana al lugar de nuestro funesto hallazgo y hemos venido para utilizar su teléfono.

—Naturalmente. ¿Quieren pasar ustedes a mi despacho? Yo mismo avisaré a la policía.

Primero entró Kate y luego yo, haciéndolo detrás de mí el dueño de la casa.

Me detuve de pronto, sintiendo un escalofrío en la espalda.

Entre aquellas cuatro paredes habían más de veinte botellas, en cuyo interior se veían embarcaciones. Mi sorpresa fue tal que, por instinto, busqué ansiosamente un galeón. Pero, no. No había ninguno.

—Soy amigo del capitán Mac Donald —dijo Vickers, dando la vuelta a una mesa sobre la que descansaba el teléfono. Luego cogió el micro y disco—. ¿Me quiere poner con el capitán? ¿Mac Donald…? Aquí Alex Vickers. Tengo en mi casa a dos invitados de Pamela Norton. Según me dicen, han descubierto un cadáver en la playa, muy cerca de mi casa…

No, no sé decirte más… Sí, ellos están aquí. Le esperaré.

Colgó y miró a Kate y luego a mí.

—El capitán vendrá enseguida. ¿Quieren sentarse? —Se acercó a un armario y lo abrió, mostrando su abundante contenido en botellas de toda clase de licores.

—¿Qué prefieren ustedes?

—Un *whisky* me vendrá bien —dijo Kate.

Yo emití un gruñido de asentimiento.

Vickers preparó tres vasos y me levanté para coger el de Kate y el mío.

Después de beber, Vickers preguntó:

—¿No está en casa de la señorita Norton, también como invitado, el señor Drewett?

—Sí. ¿Le conoce usted? —dijo Kate.

—Soy un admirador suyo, aun cuando lamento haya cambiado de género teatral. Me gustaron mucho sus dos primeras comedias. Es una pena que un autor de talento renuncie al arte por la codicia.

Yo no conocía a Vickers y, por tanto, no me atreví a contestarle, pero ya lo había soltado todo y miré a hurtadillas a Kate para ver el efecto que le había producido la crítica de nuestro anfitrión. Tenía las mejillas arreboladas. Probablemente la indignación le había cortado el habla y pensé que era oportuno acudir en su ayuda.

—Creo que le gustará menos a usted lo que hace ahora Leslie

Drewett.

Volvió la cabeza hacia mí, enarcando las cejas, y preguntó:

—¿Qué es ello?

—Está escribiendo una biografía del famoso Henry Morgan…

—¿Bromea usted, señor Wrigth?

—En absoluto. Le estoy hablando completamente en serio.

—Ello me indica que Drewett ha desaprovechado definitivamente sus buenas condiciones.

—¿Siente usted el mismo desprecio por la biografía que por la comedia musical?

—Yo no he dicho eso, señor Wrigth. El despreciar algo significa que uno está, afectado por un daño y a mí no me puede doler que se represente una revista musical en Broadway o que se publiquen mil biografías. Simplemente he dicho que lamentaba el giro que Drewett ha dado a su vida profesional.

Una sirena policíaca aulló fuera y guardamos silencio.

Poco después, el capitán Mac Donald penetró en la habitación seguido de dos hombres. Mac Donald frisaría en los cuarenta años de edad y era robusto, de cara alargada, ojos azulados y pómulos salientes.

Vickers hizo las presentaciones e inmediatamente el capitán se dirigió a mí, preguntándome por el cadáver. Yo le describí la escena que Kate y yo habíamos protagonizado entre las rocas.

—¿Viene con nosotros, señor Wrigth? —me dijo después.

Yo asentí con la cabeza e inmediatamente Kate dijo:

—Iré también con ustedes.

Vickers intentó disuadirla.

—Quizá sea mejor que se quede aquí, señorita Ryan.

—Es usted muy amable, señor Vickers —dijo ella—. Pero temo que mi conversación le pueda aburrir. No sé hablar más que de revistas. Soy la primera estrella del espectáculo de Leslie Drewett.

Esperaba que Vickers se desmoronase ante tal revelación, pero me dejó sorprendido al ver que permanecía inmutable. Ya fuera, me puse al volante del «Jaguar», y Kate y el capitán se sentaron detrás. Los otros dos policías subieron a su coche e inmediatamente emprendimos la marcha.

Llegados a la cala, Kate se quedó fumando y los hombres fuimos adonde se hallaba el muerto. Los ayudantes de Mac Donald llevaron

cuerdas y al cabo de diez minutos de trabajo se consiguió extraer el cadáver del hoyo. Estaba fláccido y cuando le dieron la vuelta me fue difícil reconocer su cara.

Los neumáticos de un coche chirriaron en la carretera.

—Ahí llega el forense —habló Mac Donald—. Veremos lo que nos dice.

—No tiene aspecto de ser de aquí —dijo uno de los policías, y se puso a registrar la ropa del muerto. Luego se incorporó, mostrando las manos vacías—. Nada de nada. Creo que nos van a dar trabajo, capitán.

Mac Donald miraba fijamente el cuerpo exánime y dio un suspiro, mientras se echaba el sombrero hacia atrás.

—A mí sólo me tocan regalos.

Un hombre de traje negro, baja estatura, rostro enjuto y ojos defendidos por gruesas gafas se acercó portando un maletín.

Dio los buenos días y agachóse sobre el cadáver. Al cabo de un rato se incorporó, enfrentándose con Mac Donald.

—¿Podrá llevármelo enseguida, capitán? Quiero hacerle la autopsia sin pérdida de tiempo. Hoy es el cumpleaños de mi hija Silvia y su prometido viene a casa a pedirme su mano.

—Está bien, cuente con ello. ¿Qué me puede adelantar?

—Creo que murió hace un par de días. Tiene una pequeña herida en la región occipital.

—¿Qué clase de golpe?

El doctor miró otra vez al hombre que me había dejado en prenda el galeón embotellado, se rascó con el índice la barbilla y dijo:

—Se lo pudo producir al caer.

—¿Usted cree, doctor? —inquirió Mac Donald, no muy convencido—. No lleva encima ninguna documentación.

El forense carraspeó y se encogió de hombros.

—Después de todo, es cosa suya, Walter.

Se marchó dando pequeños saltitos y el capitán, tras un largo silencio, dijo a sus muchachos:

—Ya lo habéis oído. Lleváoslo. Yo pasaré luego por la oficina. Me voy con el señor Wrigth.

Mac Donald y yo regresamos al «Jaguar». Empecé a inquietarme. Aquel sabueso iniciaría una investigación respecto a mi identidad.

Invertiría poco tiempo en saber que mi nombre era falso, y hecho este descubrimiento, lo demás vendría solo. Sería para él como sacar una cereza de un cesto.

—¿A casa de los señores Norton? —preguntó, sosteniendo abierta la portezuela de los asientos posteriores.

—Creo que se nos ha aguado la fiesta por hoy —dije yo—. ¿No te parece, Kate?

—Sí. Volvamos —respondió ella.

No intercambiamos palabra alguna en el camino de regreso. Llegamos por fin a la residencia. En la terraza no había nadie. Subimos los tres y nos sentamos.

Mac Donald sacó un bloc y una pluma, lo cual hizo que se apoderasen de mí los más negros presagios.

—Ya sabe, señor Wrigth. Esto es simple rutina —explicó—. Pero ustedes lo han encontrado y yo no tengo más remedio que cumplir con mi obligación. ¿A qué sé dedica usted, Wrigth?

Había entrado con mal pie en aquel asunto y la racha seguía. ¿Hasta cuándo?, me pregunté. Probablemente terminaría cuando me encontrase en una celda o quizá cuando me sentase en la silla eléctrica. Entonces acabaría todo.

—Soy inspector de seguros —dije, a falta de otra cosa.

—¿Cómo se llama su empresa?

En aquel momento, Pamela entró por la puerta del salón y su voz reflejó sorpresa:

—¡Caramba, muchachos! Podíais haber dicho que estabais aquí… ¿Qué tal, capitán Mac Donald?

El policía y yo nos levantamos, y Pamela se acercó al grupo luciendo un bonito modelo deportivo.

—¿Cómo está, señorita Norton? Ya sé que su padre está fuera.

—¿Qué le trae por aquí?

—Estoy en acto de servicio.

Pamela arrugó el entrecejo y clavó sus ojos en los míos. Leí en su rostro cierta inquietud, mientras el capitán seguía diciendo:

—Sus invitados han encontrado el cadáver de un hombre en la cala de la Mujer Dormida.

—¿Un cadáver? ¿De quién? —preguntó, asustada, Pamela.

—¡Oh! NO es nadie que conozcamos —explicó Mac Donald—. Probablemente es un vagabundo, pero de todas formas he de hacer

mi trabajo, e interrogaba al señor Wrigth cuando usted ha venido.

Pamela recobró al instante la serenidad.

—¿Interrogando a Harry? —dijo, y se acercó a mí, colgándose de mi brazo—. ¿No sabe que Harry y yo nos conocemos desde que éramos dos mocosos? Somos de la misma ciudad, de Jacksonville. Las chicas teníamos un club en donde elegíamos todos los años al muchacho de mejores sentimientos. Harry consiguió el título en 1951. Ahora ha venido a pasar una temporada con nosotros.

Mac Donald nos miró de hito en hito, y tras un suave carraspeo, dijo:

—En tal caso, creo que mi presencia será más necesaria en otro sitio.

—¿Supone que se ha cometido un asesinato, capitán? —preguntó Pamela.

Aquellas palabras me hicieron estremecer levemente y solté una maldición para mis adentros, porque Pamela podía haberse dado cuenta.

—Es probable que no —contestó el policía—. El vagabundo quiso tomar el sol en aquella cala y resbaló o dio un paso en falso, cayendo en uno de aquellos hoyos y golpeándose en la cabeza, Por suerte para él, debió morir en el acto. Ésa es mi hipótesis, a resultas de lo que, dentro de un rato, dictamine el forense.

—Le deseo que se confirme para tranquilidad suya —dijo Pamela apartándose de mí y tendiendo la mano a Mac Donald.

El capitán se la apretó, hizo un saludo general y empezó a bajar los escalones de la terraza. Pamela se asomó a la baranda.

—Capitán, puede llevarse el coche. Ya lo recogerá alguien en la comisaría.

—Gracias, señorita Norton.

Instantes después, runruneó el motor, y poco a poco, el ruido se fue perdiendo en la lejanía.

Pamela se volvió, y después de mirarme fijamente a los ojos, observó a Kate que permanecía quieta desde hacía varios minutos.

La artista se puso en pie, diciendo:

—Voy a cambiarme de ropa. He empezado a sentir un poco de frío —pasó junto a mí para dirigirse al interior de la casa y murmuró, inclinándose ligeramente—: Hasta luego, querido.

Transcurrió un minuto después de haberse marchado Kate y aún

no se había roto el silencio en que nos habíamos sumergido Pamela y yo.

—¿Estás en un apuro, Tom? —Me disparó de pronto.

Yo la miré con ojos sorprendidos y sonreí, pero estoy seguro de que mi sonrisa era tan falsa como la de Judas.

—¿Yo en un apuro? Nada de eso. ¿Por qué había de estarlo? Ella se humedeció los labios con la lengua y dijo. —Pregunté en el Tropical, No te alojas allí.

—Bueno, hay muchos hoteles en. Miami.

—Encargué a un hombre para que hiciese una investigación al respecto. En ningún hotel de Miami hay apartamento alguno a nombre de Thomas Baker o Harry Wright.

Me sorprendió que yo no me alterase lo más mínimo después de oír sus palabras.

—¿Por qué me has espiado, Pamela? —pregunté.

—No sé cómo explicártelo, pero el caso es que empecé a sentir preocupación por ti.

En otro tiempo su confesión me hubiese llevado al séptimo cielo, pero ahora, en aquellas circunstancias, sólo me podía producir amargura. Tuve la impresión, en aquel instante, de que yo era para ella algo así como uno de sus perros pequineses a quien alguien pretendía hacer daño, apresurándose ella, naturalmente, a defenderlo.

—Lo siento, Pamela —murmuré—, pero no puedo decirte nada.

Estuvimos un rato mirándonos a los ojos, y por fin, le dije:

—Me iré de tu casa ahora mismo.

—¿Por qué? Yo no te he echado.

—Aún tengo idea de que existen normas de convivencia y de que, a partir de ahora, mi presencia te resultaría un poco embarazosa.

—Todo lo dices tú, Tom. Quiero que permanezcas aquí.

—Surgirán complicaciones y las salpicaduras pueden manchar tu nombre. No sería justo, siendo así que estás próxima a casarte. A Jim no le gustaría. En realidad jamás debí aceptar tu invitación.

—¡Condenado orgulloso! —exclamó ella, con el pecho agitado —. Eso es lo que te ocurre a ti. Si de verdad temes a lo que pueda decir la gente de mí, has de permanecer en mi casa hasta que se aclare el asunto de ese hombre que habéis encontrado muerto.

Sopesé la sugerencia de Pamela, llegando a la conclusión de que debía aceptarla.

—De acuerdo —declaré—. Me quedaré. Pero te voy a hacer un ruego. Tú puedes enterarte de la versión oficial del caso. Te bastará con llamar por teléfono al capitán Mac Donald. En cuanto lo sepas comunícamelo, e inmediatamente me iré. Sólo estaré aquí hasta entonces.

—Entendido —murmuró ella.

Se hizo otro embarazoso silencio. Es inexplicable cómo a veces entre dos personas que se tienen mucha confianza, es imposible mantener una conversación. Habían bastado unas cuantas frases para que entre Pamela y yo surgiese un abismo que nos separaba.

—Hasta luego —dije, y di media vuelta, saliendo de la terraza.

Subí a mi habitación y una vez en ella, me tendí en la cama sintiendo que el mundo entero se ponía en contra mía.

Cogí un cigarrillo e intenté permanecer un rato con los músculos relajados, sin pensar en nada. Pero todo fue inútil. Las ideas danzaban en mi cerebro entrechocando unas con otras. De pronto, recordé algo.

Cogí el llavero que había dejado en mi chaqueta y en el que tenía una llave que abría todas las puertas. Salí de mi habitación y me encaminé a la de Leslie Drewett. No había nadie en el pasillo. Puse una mano sobre el pomo y lo hice girar, pero no pude abrir porque la llave estaba echada por fuera. Fue cuestión de pocos segundos que consiguiera abrirme paso. Ya dentro, me puse a registrar la habitación. En el dormitorio de Leslie había una mesa cerca de la ventana. Vi una gruesa cartera cerrada y la abrí. Dentro había un montón de cuartillas, escritas algunas y otras inmaculadas. Fui sacándolas todas y mi mano tropezó con algo duro en el fondo. Lo saqué. Era un pequeño cuaderno con cubiertas de cuero en el que se notaba claramente el transcurso del tiempo. Sus hojas eran de un color amarillento y muchas de ellas estaban carcomidas por los bordes. Sobre ellas habían escrito a pluma, pero el que lo hizo debía de estar muerto desde más de doscientos años atrás. Guardé el pequeño libro en el bolsillo y volví a colocar las cuartillas dentro de la cartera, cerrando ésta y dejándola en su sitio, sobre la mesa. A continuación abandoné el apartamento utilizando en el corredor de nuevo la llave maestra.

De regreso a mi cuarto, me senté en un sillón, saqué el librito que había conseguido en mi «*razzia*» y empecé a leer.

CAPÍTULO III

«Memorias de William Rains, nacido en Plymouth y bucanero durante siete años con el capitán Henry Morgan:

»Recordaré siempre el siete de junio de 1670. A las cinco de la tarde había empezado a descargar una tormenta sobre la isla de la Tortuga, Yo estaba leyendo en casa un libro. De pronto, un criado de Henry Morgan, jefe de la Hermandad de la Costa, vino a interrumpir mi lectura. El capitán deseaba verme. Me apresuré a acudir rápidamente a su casa. Se hallaba en su alcoba con una mujer. Era Paulette, una pequeña mestiza con la que Morgan llevaba viviendo tres años. El capitán estaba borracho y al verme hizo una señal a Paulette para que abandonase inmediatamente la habitación. Cuando nos quedamos solos, Morgan avanzó hacia mí dando traspiés.

»—¿Sabes una cosa, William? —me dijo, poniendo sus fuertes manos sobre mis hombros—. Te voy a comunicar una maravillosa idea. —¿De qué se trata, capitán?— pregunté.

»Clavó sus acerados ojos en los míos y estuvo en suspenso un rato. Finalmente, repuso:» —Vamos a saquear Panamá.

»Yo no supe qué contestar al pronto. Era inverosímil que alguien pretendiese atacar Panamá. Era algo que le estaba vedado incluso al genial Henry Morgan. Panamá se hallaba defendida por unas fuertes murallas, por una guarnición de cinco mil soldados aguerridos, por una bahía en la que era imposible penetrar. Pensé, como era lógico, que la tormenta y los vapores del ron habían extraviado momentáneamente la cabeza de Morgan.

»—No lo crees, ¿verdad, William? —me dijo, de pronto.

»—Señor, yo… —balbuceé.

»Se separó de mí dando un manotazo al aire.

»—Tú no lo crees posible, ¿no es eso? Ni tú ni ninguno de esos energúmenos que me siguen. Nadie puede hacerlo. Tendría que estar loco el hombre que intentase siquiera acercarse a Panamá. Los cañones del gobernador harían volar en pedazos uno a uno a cuantos barcos quisiesen llegar a la costa. ¿No es eso lo que tienes que decirme, William? ¿Por qué no lo dices?

»De pronto, lanzó una estruendosa carcajada y se bamboleó espasmódicamente. Temí que fuese a caer en redondo al suelo, pero no ocurrió nada de eso sino que, con paso firme ahora, se acercó a un cofre que había en un rincón y lo abrió, sacando de su interior un montón de legajos. Volvióse hacia mí y me lo mostró.

»—¿Ves esto, William? Es el trabajo de dos años. Nadie lo ha sabido. Tú eres el primero que lo vas a conocer. —Se acercó a la cama deshecha y puso sobre ella los papeles, giró bruscamente hacia mí y continuó hablando—: Esto es lo que ha hecho Henry Morgan durante más de veinticuatro meses. Eso es lo que he estado estudiando mientras sus estúpidos capitanes perdían el tiempo con las mujerzuelas que caían en sus manos. ¡Acércate, William!

»Morgan desenrolló el legajo que había cogido y ante mis ojos apareció un plano de la ciudad de Panamá. Veía perfectamente la bahía, el puerto, la ciudad amurallada, las colinas que la circundaban, los caminos de acceso, las piezas con que contaba cada almena…

»—¡Ahí la tienes, William! —dijo Morgan, con voz emocionada —. La ciudad más rica del continente. Aquí se reciben el oro, la plata y las piedras preciosas de México, del Perú, de los más remotos confines. Aquí el oro se convierte en lingotes que luego los galeones españoles transportan a Castilla. Empecé a pensarlo hace algunos años. ¿Qué hacíamos nosotros? Nos dábamos a la mar y cuando avistábamos un galeón nos lanzábamos sobre él como perros de presa. ¿Qué encontrábamos en el fondo? Unas cuantas barras de oro y luego teníamos que esperar un mes o quizá dos para encontrar otro. ¿De dónde traían el oro? ¡De Panamá! Pues, ¿por qué no ir allí a apoderamos de todas las existencias?

»La lógica de Morgan era incontrovertible. Arrojó sobre la cama el mapa de Panamá y desenrolló otro papel.

»—Acabas de ver las fuerzas de mi enemigo —declaró—. Ahora sólo te falta conocer las mías propias. Helas aquí. Cincuenta barcos

del más diverso tonelaje, pero todos ligeros, como el viento. Dos mil quinientos hombres dispuestos a morir en la empresa. Será el hecho más glorioso de cuantos hayan acontecido en el Nuevo Mundo que fue descubierto por Colón. Aquel que combata en mis filas podrá decir un día con orgullo: “Yo tomé parte en el asalto a Panamá”.

»—¿Cuándo pensáis comunicarlo a vuestros capitanes, señor? —pregunté, con prevención.

»—¿A ese puñado de estúpidos? Mañana mismo. Ya no puedo demorar más la ejecución de mi plan. Está perfectamente madurado.

»—¿Creéis que os secundarán?

»—Aquel que no lo haga, habrá firmado su sentencia de muerte. Me revolveré contra ellos si es necesario y los aniquilare uno a uno. Ellos saben que lo haré así si se niegan y, por tanto, espero que todos me presten su más entusiasta colaboración. —Aun así, permitidme que os haga una objeción, señor— dije yo—. Suponiendo que logréis reunir los cincuenta barcos que necesitáis, ¿cómo podréis llegar a las murallas de Panamá con alguna probabilidad de éxito? Las baterías de la ciudad barrerán la entrada de la bahía. No es difícil pronosticar que de vuestros cincuenta barcos, sólo la mitad podrían llegar a la costa, en cuyo caso también vuestros hombres se verían reducidos en un cincuenta por ciento. ¿Cómo con mil quinientos o dos mil bucaneros pretendéis asaltar una ciudad donde os esperan cinco mil soldados perfectamente atrincherados?

«Morgan lanzó otra risotada. Sus ojos brillaban febrilmente. El plano que manejaba voló por la habitación y lo sustituyó por otro que a pesar de tener ante mis ojos, no reconocí.

»—¿Qué es esto, señor?

»—El mapa del golfo de los Mosquitos y la zona del istmo de Panamá. No he querido poner nombres para caso de que algún curioso me sorprendiese alguna vez estudiándolo. Muchas veces tú mismo o Coeur de Gris habéis creído que observaba una carta marina relacionada con el viaje que estábamos realizando. ¿Te das cuenta? ¿Crees que iba a ser tan simple de poner al alcance de los cañones de Panamá mi flota? Te has quedado corto diciendo que hundirían la mitad de mis barcos. Probablemente solo media docena podrían llegar a la bahía. Las guerras las ganan los más

astutos. El hombre que se apodere de Panamá ha de desarrollar toda su habilidad. La atacaremos por la espalda. Mis barcos estarán muy lejos de la ciudad cuando se plantee la lucha, en Chagres. Allí desembarcaremos todos los efectivos humanos y en barcas construidas a propósito navegaremos por el istmo, luego penetraremos en la selva, nos abriremos paso en ella y caeremos sobre Panamá sin que las baterías puedan hacer nada para impedirlo. ¿No has visto el mapa de la ciudad? Sólo tiene baterías mirando a la bahía porque es el único lugar por donde los que están allí creen que pueden ser atacados.

»Me quedé un rato en suspenso mirando a mi capitán. Era en verdad una idea digna de él. A ningún otro bucanero se le podía haber ocurrido.

»Todo se desarrolló en un principio como él había previsto. Sus capitanes le escucharon al día siguiente conteniendo el resuello y cuando él les hubo dado hasta el último detalle de la operación, no ocultaron su entusiasmo. Olvidaron por completo los peligros que el viaje llevaría consigo porque en su mente sólo hubo lugar entonces para las riquezas que les proporcionaría aquel saqueo sin precedentes. Pero algo falló en su cálculo. Sólo pudo reunir treinta y siete barcos. En cambio sus huestes se elevaron a tres mil.

»Llegamos a Chagres. Inmediatamente fueron transportadas al istmo las barcas que habían de conducirnos hasta el punto en que fuese imposible proseguir por el agua.

»Durante el paso del istmo sobrevinieron numerosos accidentes. Muchas barcas zozobraron y Morgan dejó a sus tripulantes ahogarse, ya que no podía recogerlos en otras pues todas iban ocupadas hasta el máximo. Los bucaneros veían morir a sus camaradas y en ninguno de ellos brotaba un sentimiento de piedad. Había una razón para ello. Cada hombre que moría suponía un beneficio para los que quedaban, por cuanto era uno menos a repartir. Dejamos atrás el istmo y llegamos a la selva. Millones de mosquitos caían sobre nosotros de noche y de día. Los hombres tropezaban con las raíces aéreas y caían, hundiéndose en el lodo poco a poco entre gritos de horror. Serpientes que acechaban en todos los rincones atenazaban a los que se separaban de la columna principal, anudándose a sus cuerpos y tronchándolos como tallos jóvenes. Las provisiones se terminaron a pesar de que Morgan había

tomado la decisión, mucho antes, de que sólo comiéramos lo indispensable para subsistir.

«Todos intentábamos inútilmente dar caza a alguna fiera, pero en aquella selva no había ninguna clase de vida que pudiese servir para conservar la nuestra. Docenas de hombres famélicos no pudieron resistir más aquel ayuno y comieron raíces de arbustos, muriendo tras terrible agonía. Sin embargo, Morgan llegó a las colinas que dominaban la ciudad de Panamá y con él, dos mil hombres. A nuestras espaldas habían quedado más de ochocientos esqueletos.

»Una numerosa fuerza de caballería nos estaba esperando. Morgan reunió hábilmente a sus hombres y cuando la caballería atacó de frente ordenó que los suyos hiciesen fuego sobre el centro. Así los partió en dos y luego, como si el Destino quisiese que Panamá fuese destruida, ocurrió un milagro. El más numeroso grupo de los caballos se metió incomprensiblemente en un pantano y fue horroroso ver cómo la tierra tragaba a los hombres y los caballos. A continuación, los filibusteros dieron buena cuenta de los supervivientes. Entonces el gobernador envió contra Morgan un par de centenares de toros que los indios habían estado sujetando. Pero cuando las bestias se acercaron a nosotros, el fuego nutrido de nuestras armas los obligó a volver grupas contra los propios hombres que los habían utilizado, sembrando la confusión y el terror entre ellos.

»Se consiguió pronto abrir una brecha en las murallas y per ella penetraron los miembros de la Hermandad de la Costa, sedientos de sangre.

»Morgan se instaló inmediatamente en el propio palacio del gobernador, el cual abatió su espada ante él. El capitán había dado orden de que todos sus hombres fuesen llevando el botín a la sala de audiencias, de cuyo trono había tomado posesión, y allí, en pocas horas, se fueron amontonando riquezas hasta casi tocar el techo.

»Aquella noche, después de la lucha, cuando me disponía a acostarme en una mullida cama, la primera que había visto en largos meses, un enviado de Morgan me dijo que el capitán quería verme. Como no podía ser menos en aquellas circunstancias, me presenté a él inmediatamente. Estábamos los dos solos en el salón

de audiencias.

»—¿Qué te parece esto? —me dijo, señalándome el incalculable botín—. Míralo bien, William, Ahí tienes, ante tus ojos, la mayor fortuna del mundo.

»—Lo es, señor —dije, después de observar el magnífico tesoro —. Tus hombres bendecirán siempre tu nombre porque merced a ti podrán ser ricos el resto de sus días.

»Los ojos de Morgan brillaron en aquel momento de un modo extraño.

»—¿Has creído eso de verdad, William? —me preguntó.

»Sus palabras me dejaron un poco confuso.

»—¿Qué, señor? —inquirí a mi vez.

»—Eso de que voy a repartir esta riqueza, con mis hombres. —Hizo una pausa, y como se diese cuenta de que yo estaba sorprendido por sus palabras, prosiguió mientras pegaba un puñetazo en un brazo del sillón—: ¿De quién es este tesoro? Anda, dímelo. ¡Es mío! ¡Solamente mío! Ellos me han ayudado a llegar hasta él, pero otros hubiesen hecho lo mismo que ellos. Hombres de Francia, de Portugal, de España, de Holanda, de Inglaterra, de Terranova, hombres de todas partes del mundo hubiesen dado años de su vida por tomar parte en esta empresa. ¿Sabes por qué? Por combatir al lado de Henry Morgan. ¡Eso es! Sólo lo hubiesen hecho para poder volver a sus casas y tener la satisfacción de que la gente les señalase diciendo; “Este hombre entró en Panamá con Henry Morgan”. ¡Ahí tienen su recompensa! Ésa es la que ellos merecen. Ya tienen bastante con el honor que les hice trayéndolos conmigo, pero el tesoro es mío, el tesoro de Henry Morgan. —Dejó de hablar, mirándome escrutadoramente el rostro, entrecerrando los ojos.

»Me di cuenta entonces de que el cerebro de Henry Morgan no estaba sano.

»—Estás pensando que tú también te vas a quedar sin tu parte, ¿verdad William?

»No contesté nada y él, tras un silencio dijo:

»—No, compañero. Tú eres mi amigo. Tú tendrás tu parte. Tú y doce hombres más que yo mismo elegiré. Pero ellos no sabrán nada hasta que lleguemos a Chagres. Forman parte de la tripulación de mi galeón. Transportaremos el botín a la costa y una vez allí, en la bahía donde se encuentra nuestra flota, procederemos de la

siguiente forma: Llegaremos allí de noche, lo cual será fácil de conseguir una vez nos encontremos a tres o cuatro días de Chagres. Ordenaré que se acampe en la playa porque allí mismo, al día siguiente, procederemos al reparto del botín y para celebrarlo ordenaré que desembarquen sesenta o setenta barriles de ron. Conozco bien a mis hombres: No habrá uno solo que no se emborrache. Sólo catorce entre todos nosotros no lo harán. Tú y yo y los doce hombres que he escogido. Durante la madrugada procederemos a agujerear los barcos. No dejaremos una sola embarcación que pueda ser utilizada a la mañana siguiente. Cuando despierten los borrachos se encontrarán con que Henry Morgan ha desaparecido de la bahía con su galeón.

»—¿Os dais cuenta, señor, de que condenáis a dos mil hombres a una muerte cierta? —dije, sin poderme contener.

»Morgan me miró durante un rato y de súbito, sin pronunciar palabra, sacó un revólver con el que me apuntó al pecho.

»—¿Con quién estás, William?

»Tragué saliva. Pensé que no podía hacer nada por mis compañeros. Si persistía en mi actitud, yo moriría y con ello no lograría cambiar su suerte.

»—Estoy con vos, capitán —dije.

»Morgan dejó correr unos segundos, guardó el revólver, bajó los peldaños que le separaban de mí y me pasó el brazo afectuosamente por los hombros, diciéndome:

»—Serás siempre un hombre afortunado si dejas que Henry Morgan se preocupe por ti.

»La maquiavélica confabulación de Morgan se fue desarrollando sin el menor fallo. Se llegó a Chagres y tuvo lugar la orgía que debía preceder al reparto del botín. Los hombres bebieron hasta caer dormidos. El capitán Morgan fue de un lado para otro distribuyendo el ron e incluso bebió cuando alguno se excusaba por padecer dolor de estómago o por cualquier otro motivo. Cuando todos estuvieron tendidos en la arena de la playa, los doce hombres que había elegido ejecutaron su trabajo en el plazo de unas horas y poco antes de que saliese el sol, el galeón de Morgan puso proa a Jamaica dejando en la orilla a cerca de dos mil bucaneros burlados.

»Una idea clara había brotado en mi cerebro. La de que en la misma forma que Morgan se había desembarazado de su ejército lo

haría de nosotros, los trece hombres que le acompañábamos, cuando no le hiciésemos falta.

»A los dos días de haber abandonado el golfo de los Mosquitos, le pregunté por qué no nos dirigíamos a Tortuga en vez de ir a Jamaica. Me explicó que era su intención presentarse en Port Royal al objeto de legitimar el saqueo de Panamá. Pretendía comprar el perdón del rey y no solamente eso. Con el beneficio de aquel botín quería lograr algo más. Que le llamasen en la corte de Londres *sir* Henry Morgan. Aquello me dio a entender, por si no estaba ya seguro, que los tripulantes de aquel galeón no seríamos más que una carga para el jefe de la Hermandad de la Costa. Sería capaz de cualquier cosa. Probablemente de acusarnos de rebelión o motín, delitos castigados con la horca. Para conseguirlo, a Morgan le bastaría ofrecer al representante de Su Majestad en Jamaica trescientas libras. Desde aquel momento, pensé actuar por mi cuenta. Me puse en contacto con el hombre a quien consideré más inteligente de la pequeña tripulación. Se llamaba James Gainer. Le hice ver que terminaríamos por pender de una soga si desembarcábamos con Morgan en Port Royal. Gainer correspondió a la confianza que había depositado en él y comprendió el diabólico plan de nuestro capitán. Me dijo que había siete hombres que estarían con nosotros, pero que se mostraba inseguro de los otros cuatro, completamente adictos a Morgan, y era mejor no decirles nada.

»En total, fuimos nueve los que proyectamos impedir que Morgan lograse ver sus deseos realizados. Así, en una atmósfera de tensión, llegamos a Port Royal.

»Morgan me dijo que se disponía a ir al palacio del representante del rey y se llevaría a tres hombres consigo, dejando a los demás bajo mis órdenes en el galeón, y como medio para convencer al gobernador de la verosimilitud del saqueo de Panamá, le mostraría cinco cofres llenos de lingotes de oro y joyas. Había dieciocho cofres del mismo tamaño en la cámara de Morgan. Por lo tanto, si se llevaba cinco, todavía quedaba la mayor parte del botín en el galeón.

»Poco después, nuestro capitán partió llevándose en la barca los cinco cofres a que había aludido. Tres hombres de los que habían sido excluidos del plan trazado entre Gainer y yo lo acompañaban.

Dejamos correr media hora e inmediatamente levantamos anclas. El hombre adicto a Morgan intentó oponerse a nuestra huida, pero fue arrojado por la borda. Enseguida el galeón salió de Port Royal y nos dirigimos hacia el Oeste. Dejamos atrás Port Royal, rozamos el banco de las Hormigas y nos metimos por el Paso del Viento, doblando inmediatamente hacia los grandes bancos del Trópico de Cáncer, dando las espaldas a nuestra vieja conocida, la isla de la Tortuga.

»Cinco días después de haber huido de Port Royal empezamos a darnos cuenta del alcance de nuestro acto. Henry Morgan nos buscaría dondequiera que estuviésemos, mientras conservase en su cuerpo un hálito de vida. Celebramos una asamblea sobre la cubierta de la nave y hubo un completo acuerdo acerca de lo que debíamos hacer. Cada uno de nosotros cogería parte igual del botín, la que fuese indispensable para vivir holgadamente durante cinco años, esconderíamos el tesoro y al cabo de un lustro nos volveríamos a reunir en el lugar de nuestro escondrijo. Si las circunstancias no hubiesen cambiado, con ello se quería decir que si Henry Morgan continuaba vivo, volveríamos a tomar otra parte del tesoro quedando citados para otros cinco años después. Nos juramentamos para no comunicar A nadie el lugar que esconderíamos el tesoro. Consultamos una carta geográfica del mar cuya superficie cortaba nuestra quilla y elegimos el punto concreto adonde debíamos dirigirnos.

»Su descripción exacta es la siguiente: “Se entra por el estrecho…”».

CAPÍTULO VI

No había más. Faltaban las páginas en que se describía el lugar donde William Rains y sus compañeros habían enterrado el tesoro de Henry Morgan. Ahora estaba todo claro. Un buen montón de gente andaba buscando aquellas páginas, pero lo más curioso del caso era que yo las había tenido en mi poder durante mucho tiempo sin saberlo. No se necesitaba poseer un cerebro privilegiado para llegar a la conclusión de que el galeón embotellado que dejó en mi poder el supuesto Black Russell guardaba en algún compartimiento secreto aquella descripción geográfica que podía convertir en millonario a quien siguiese sus instrucciones.

Había ya dos muertos en el caso. Primero fue Esther Crowley y luego le tocó el turno a mi cliente. Me hice una pregunta: ¿Cuántos más seguirían aquella suerte? Ahora que había dejado de dar palos a ciegas, yo debía ponerme en campaña inmediatamente. Era mi propia vida la que estaba en juego.

Salté de la silla y me encaminé a la habitación de Leslie Drewett para devolver el librito a la cartera. De pronto, me detuve sorprendido al ver que la puerta se encontraba abierta. Me acerqué sigilosamente, pensando que Leslie habría descubierto ya la sustracción, y como no oyese ningún ruido penetré en el interior.

Lo que vieron mis ojos, me dejó sobrecogido. Las cuartillas que había contenido la cartera estaban desparramadas por todo el piso y allá, junto a un sillón, se hallaba exánime, boca abajo, Pamela. Corrí hacia ella y la cogí entre mis brazos dándole la vuelta. Di un suspiro de alivio al sentir los latidos de su corazón. La deposité en el diván y fui al cuarto de baño por un vaso de agua. Poco a poco, empezó a volver en sí. Abrió y cerró los párpados varias veces emitiendo quejidos de dolor, y por fin, cuando estuvo recobrada,

me miró fijamente.

—Has podido matarme, Tom —murmuró.

Me quedé estupefacto.

—No sé una palabra de lo que dices, Pamela. Cuéntame lo que ha ocurrido.

Vi en su rostro que dudaba de mí, pero, finalmente, explicó:

—Entré buscando a Leslie y cuando iba a pasar al dormitorio, alguien que había estado junto a la puerta, detrás de mí, me atacó por la espalda, me golpeó en la cabeza y me sumergí en las tinieblas. Eso ha sido todo.

—¡Santo cielo! En efecto, han podido matarte.

—¿Me quieres explicar de una vez qué es lo que pasa, Tom?

—Solamente habrás de esperar un poco de tiempo más y te enteraré de todo.

—Estás a punto de agotar mi paciencia, Tom.

Se levantó airada y salió de la habitación marchando yo en pos de ella.

En la terraza se encontraban todos. Leslie y Kate hablaban de cosas del teatro. La Mure leía un diario e interrumpió un momento la lectura para mirarnos. Jim Soustelle bebía un martini reclinado sobre la barandilla y sil vernos llegar se enderezó.

—Ya me han contado lo de ese cadáver, Harry —me dijo—. ¿Qué le parece a usted?

—No sé, pero el forense dijo que ese individuo podía haberse golpeado en la cabeza después de dar un resbalón.

—Eso es lo malo de estos lugares para los que no los conocen.

Clavé mis ojos en los suyos, tratando de desentrañar si sus palabras contenían una amenaza.

Pamela intervino para decir:

—Será mejor que entremos. Es la hora de la comida.

Ésta transcurrió en medio de una atmósfera algo tirante. Todos lo sabíamos y nos esforzábamos en sonreír cuando se nos preguntaba algo. Se intentó varias veces iniciar una conversación, pero ésta languidecía rápidamente y todos estábamos de acuerdo en dejarla morir. Después del café, cada mochuelo se fue a su olivo para descansar el par de horas que era costumbre en aquellas latitudes.

Yo, apenas entré en mi cuarto, volví a salir rápidamente, me

metí en el «Jaguar» que se hallaba fuera, pues ya había sido traído desde la comisaría, y me dirigí a la ciudad. Antes de que la pista se cruzase con otros, detuve el coche a un lado de la cuenta, entre un grupo de sauces que me prestaban un estupendo camuflaje. Encendí un cigarrillo y esperé. Sólo transcurrieron diez minutos y de pronto, La Mure pasó conduciendo el «De Soto». Inmediatamente arranqué y salí en su persecución. Ahora la circulación era más intensa y sería poco probable que el periodista reparase en que alguien le seguía. Llegamos a Miami y él se internó por la parte oeste llevándome a la zaga.

Al cabo de un rato se detuvo ante una casa de color marrón. Yo me metí por la primera transversal, pisé los frenos, salté fuera y llegué a tiempo de ver que La Mure se introducía en la casa. Empezó a pasar el tiempo. El cielo se fue encapotando y empezó a soplar un airecillo fresco. Llevaría una hora de plantón cuando La Mure salió de la casa, se metió en el coche y no dio la vuelta, sino que siguió calle abajo. Cuando hubo desaparecido, yo eché a andar dirigiéndome a mi objetivo.

Entré en la casa resuelto. En el vestíbulo había un hombre de rostro pecoso y cabellos rojizos. Se sentaba en una silla y dormitaba con las manos cruzadas sobre el estómago. Al oír mis pasos, dio un respingo y se incorporó a medias.

—¿Qué deseas? —me preguntó.

—Soy el representante de la firma «Todo para mi hogar» —le disparé rápidamente—. Quiero hacer una visita a los inquilinos de esta finca.

—Lo siento, pero no puedo dejarlo pasar. Tengo órdenes de que nadie moleste.

—Me falta decirle lo más importante. Mi firma se da cuenta de que ustedes, los encargados de los edificios, son en realidad colaboradores nuestros y ha acordado desde hace unas semanas concederles un diez por ciento sobre el precio del artículo que cualquier vecino adquiera. Ya sabe, es un buen pellizco. Vendemos lavadoras, neveras, aspiradores, termosifones… —Mi interlocutor vaciló un instante, pero vi en sus ojos que iba a mantenerse en su negativa y por ello me apresuré a sacar casi todo el dinero que llevaba en mi bolsillo, cuatro dólares, y se los alargué diciendo—: Tengo tanta seguridad en colocar unas cuantas cosas aquí que me

permito el lujo de entregarle a cuenta de su comisión este dinero.

Aquel gesto hizo desaparecer su resistencia y cogió los billetes y los hizo desaparecer en su bolsillo.

—¿Puede decirme en qué piso tengo más posibilidades? —pregunté.

—Sólo hay cuatro puertas. En las dos de abajo no hay nadie ahora. Tendrá usted que venir otro día por la mañana. Ahora sólo puede visitar los pisos de arriba, pero yo en su lugar no entraría en la puerta cuatro. Allí sólo vive una mujer, la señorita Kendall. No creo que le interese nada de lo que usted ofrece. En cambio, en frente, habita una familia numerosa, un matrimonio con cuatro hijos. Se han mudado recientemente y creo que les hace falta un aspirador.

—Gracias —le dije, y subí por la escalera.

Naturalmente, no pulsé el timbre de la puerta número tres, sino el del apartamento de la señorita Kendall. Al poco rato oí pasos que se acercaban por dentro y la puerta se entreabrió. Magde Robertson puso los ojos en blanco e intentó cerrar, pero yo estaba preparado para cualquier contingencia y metí el pie, empujando hacia dentro, y me colé en el interior, cerrando a mi espalda.

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó, con las mejillas enrojecidas.

Le sonreí y saqué un cigarrillo, haciendo golpear su extremo en el paquete.

—¿No le parece que esa pregunta la debía hacer yo, Magde? Usted mismo me dio la pista de Russell en Nueva York. Sabía, por tanto, que me dirigía hacia aquí, pero en cambio no me dijo nada de su viaje.

—Es usted un condenado embustero. Me engañó con su treta de que iba a dar los mil dólares a Black.

—Eso es agua pasada. El caso es que estamos aquí y tenemos muchas cosas que contarnos.

—Eso es lo que usted se cree. Usted y yo hemos terminado de hablar y será mejor que salga inmediatamente de aquí sí quiere evitarse un disgusto.

Me dirigí hacia un sillón preciosamente tapizado en verde y me dejé caer en él cruzando las piernas. Luego encendí el cigarrillo y cuando miré a Magde, vi una lucecilla de furor en sus hermosos

ojos. Vista desde aquel ángulo, me pareció más atractiva que cuando la visité en Nueva York.

—¿Por qué no somos sinceros, Magde? Ambos nos necesitamos.

—¿Yo necesitarle a usted? —rió sarcásticamente y echó la cabeza hacia atrás mostrando su blanca garganta.

—Apuesto a que sí —dije—. Se equivoca usted si oree que La Mure va a conseguir lo que se propone.

El disparo, hecho al azar, dio en el blanco. Magde dejó de reír repentinamente y me miró.

—No sé de qué demonios está hablando.

—Del negocio de su amigo. Ese negocio que no se le puede escapar de las manos.

Naturalmente, Magde era la mujer que habló con La Mure en el automóvil la noche anterior, cuando estaba yo en la cala donde se construía la goleta. No había reconocido su voz porque no se me ocurrió imaginar siquiera que Magde pudiera estar en Miami, pero ahora, apenas volví a oír sus palabras, la identifiqué inmediatamente. Como esperaba, se asustó un poco.

—¿Quién es usted realmente? —me preguntó.

—Un detective privado dispuesto a poner las cosas en su sitio. —Me eché hacia adelante y la apunté con el índice mientras añadía—: Y métase esto bien en la cabeza, Magde. Creo que es usted una buena chica, pero quiera o no, está jugando con fuego. Ahora tiene una oportunidad de quedar a salvo. Recházcela y se encontrará tan hundida en el fango, que cuando se dé cuenta no podrá salir de él.

Magde se apretó las manos y comprendí que estaba pasando por un apuro. Luchaba consigo misma sopesando el pro y el contra de una confesión. Yo tenía que aprovechar aquel instante para inclinar la balanza a mi favor y añadí algo más en el platillo que me convenía.

—¿Sabe que hay dos muertos en este asunto, Magde? Esto es grave. El autor material de ambos crímenes irá a la silla eléctrica, y aquellos que se encuentren relacionados de alguna forma con él no saldrán bien parados. Esté segura de que le caerán de diez a quince años de prisión. Usted es joven, Magde, tiene derecho a gozar de la Vida, pero no puede dejar que nadie se aproveche de su buena fe.

—¡Cállese! —me dijo, y empezó a pasear por la habitación.

—¿Qué prefiere? —le dije finalmente—. ¿A la policía o a mí? No

tiene ante sí otra alternativa. Le doy mi palabra de que cuanto me cuente quedará entre nosotros dos.

Se detuvo y volvióse bruscamente hacia mí, preguntándome:

—¿Cómo sé que eso va a ser cierto? ¿Qué garantías me ofrece usted? ¿Cómo sé que no es uno más que persigue su propio interés?

—Sólo le puedo decir que yo no adelantaría nada haciéndole daño a usted Todavía dudó unos segundos, pero al fin movió en sentido afirmativo la cabeza:

—De acuerdo. Pregunte.

—En primer lugar, quiero que me hable de Russell.

—¿Qué quiere saber de él?

—Será mejor que empiece por el principio. ¿Cómo se hizo con el galeón embotellado?

—Russell se llamaba Ernest, pero sus ascendientes llevaban el nombre de Black y él también fue así conocido. Nació en Charleston, Carolina del Sur, y en su familia todos eran marinos. Como es lógico, él también lo ha sido porque lo llevaba en la sangre. Cuando los Russell se retiraban del mar, tenían un pequeño negocio de qué ocuparse en su ciudad natal. Construían pequeñas embarcaciones, y el padre de Ernest se abrevió a hacer goletas para los millonarios del Sur. La casa de Black, en la que yo estuve cierta vez, tiene cerca de doscientos años. Es anterior a la guerra de Secesión. Naturalmente, en el transcurso del tiempo se han ido haciendo reparaciones en ella. Black se embarcó muy joven, haciendo la travesía entre el Caribe y estas costas. En el curso de una tempestad se desprendió un bidón, y al pretender sujetarlo, Black resultó con una pierna fracturada. Se la escayolaron y regresó a casa para permanecer en ella hasta que curase. Cuando ya podía andar, un día que estaba aburrido, se le ocurrió subir a la buhardilla. Allí había un sinfín de objetos pertenecientes a su familia. Empezó a husmear y encontró un cofre que estaba cerrado con llave. No halló ésta y decidió saltar la cerradura. Así lo hizo, encontrando en su interior un diario.

—«Memorias de William Rains, bucanero de Henry Morgan».

—¿Cómo lo sabe? —preguntó ella.

—Yo también me he movido un poco. Pero continúe.

Magde inspiró profundamente y prosiguió:

—Aquel pirata hablaba en su diario del tesoro de Henry Morgan.

Black leyó sus memorias emocionado, pero al final, se sintió preso de una gran decepción. Faltaban las páginas en que Williams Rains describía el lugar en que habían escondido aquella fabulosa fortuna. Cogió de nuevo el cofre, pero no encontró nada más en el fondo. El interior estaba tapizado y rasgó éste, viendo con sorpresa que tras el terciopelo había una carta. Era del mismo Rains y en ella se decía que las hojas que faltaban en el manuscrito habían sido depositadas en un galeón, imitación de aquél en que huyeron de Port Royal, y el cual había quedado en poder de James Gainer, único superviviente, con él, de los nueve hombres que burlaron, en la isla de Jamaica, al capitán Morgan. Un pensamiento se apoderó de Black desde aquel instante. El de conseguir el galeón. Para ello tenía un camino. Estudiando el árbol genealógico de su familia supo que él mismo, Black, era descendiente de Williams Rains, y que había perdido el apellido porque un Russell se casó con la única hija de Rains. Trabajó primero por su cuenta, visitando ciudades y pueblos de la costa atlántica, Gainer había sido marino y es muy raro que uno de éstos se vaya a vivir tierra adentro. Pero como no consiguiese nada, tras largos meses de peregrinaje, pensó que no sería mala idea hubiese otros que le ayudasen, y encargó el trabajo a una agencia de detectives de Richmond, Virginia.

»Unas semanas más tarde, tuvo pruebas de que su decisión había sido acertada. La agencia le comunicó que un descendiente de Gainer había vivido en Norfolk, Virginia. Con el apellido de Gainer había sucedido lo mismo que con el de Rains. El único representante de la familia que quedaba se llamaba Billie Temple, y estaba embarcado en un petrolero, llamado "Ática", que viajaba entre Europa y Asia. Black se marchó entonces al viejo continente con la única idea de entrar a formar parte de la tripulación del petrolero, cosa que consiguió después de realizar varias gestiones.

»Una vez allí, no le fue difícil entablar amistad con Billie Temple, y cuál no sería su sorpresa al ver que Temple llevaba consigo el galeón embotellado. Al cabo de algún tiempo se hicieron amigos inseparables, y Black le pudo hacer preguntas confidenciales sin referirse jamás al descubrimiento que él había hecho en la buhardilla de su casa. Los ascendientes de Temple se habían transmitido unos a otros la posesión del galeón. Para ellos, era una especie de tótem de la familia y nada más. Black se dejó tentar por

la codicia y pensó quedarse para él solo el tesoro de Morgan, decidiendo no hacer partícipe de su secreto a Temple. Había esperado algún tiempo desde que encontró las memorias de Williams Rains y podía esperar más.

»A1 fin llegó su oportunidad. Temple cayó enfermo de las fiebres de Malta en el curso de un viaje, y Black lo cuidó como si fuese su propio hermano. Al fin, el petrolero rindió viaje en Liverpool, y Temple, que ya se había mejorado mucho, acordó regresar a los Estados Unidos. Black empezó a preocuparse. Había simulado un fingido afecto hacia Temple para lograr un fin, pero si su compañero se marchaba, él perdía toda posibilidad de hacerse con el galeón.

»Pero como si el Destino pretendiese allanar su camino, ocurrió lo inaudito. Temple, agradecido por la ayuda que había recibido de Black durante su enfermedad, le ofreció el galeón en el momento de despedirse. Black, naturalmente, se mostró reacio a aceptar un recuerdo de familia, pero no lo hizo de manera contundente, y así, cuando el otro reiteró su ofrecimiento, él lo aceptó. Temple se volvió inmediatamente a nuestro país. Ahora Black lo tenía todo. El galeón no había sido tocado de la botella, como era lógico, desde los tiempos en que fueron depositadas en su interior las páginas en las que se describía el lugar exacto donde se escondía el tesoro de Morgan. El tenía que disimular ahora.

»El médico de a bordo le había dicho confidencialmente que a Temple le quedaba poca cuerda, que tan sólo viviría un año o dos. Black se dijo que si emprendía inmediatamente el viaje para hacerse con el tesoro, el hecho sería aireado por los periódicos, y Temple podría enterarse de todo lo ocurrido, colocándolo a él en una situación difícil. Ya que estaba cercana su muerte, era preferible esperar a que ésta se produjese.

»Continuó embarcado en el “Ática”, y de pronto, un día en que se hallaba el petrolero en el puerto de Gibraltar, Black se percató de que le habían robado el manuscrito incompleto. Se maldijo por no haberlo guardado mejor. Lo tenía en su propia maleta. Alguien de la tripulación lo había hecho. Entonces sintió un temor súbito y escapó del barco. Pasó a España, y con ayuda de unos contrabandistas, pudo llegar a Tánger, desde donde continuó el viaje a los Estados Unidos. El miedo se había apoderado de él. Hasta entonces no había

habido nadie que conociese el secreto, pero ahora existía un hombre de la tripulación del “Ática” que estaba al corriente de ello, puesto que el galeón era bien conocido de todos.

Magde hizo una pausa que yo aproveché para decir:

—Entonces entré en juego yo. Black acudió a mi despacho para que yo investigase el paradero de Temple, colocándome una mentira al alegar que Billie se había separado de él en Liverpool, llevándosele mil dólares. Las piezas del rompecabezas se van ensamblando. Cuando Black vino a mi despacho por la información y le dijo que Temple —había muerto, dio un respiro, pero él ya sabía que un respiro más grande que el de Temple se cernía sobre él. Dejemos eso, hasta ahora no me ha hablado de las relaciones que le unen con Black. ¿Cuándo la conoció a usted, Magde?

—Fue un par de meses antes de que él emprendiere el viaje en que se rompió la pierna. Vino a Nueva York y me conoció en el local en el que yo trabajaba entonces: El Barco Fantasma. Simpatizamos enseguida, porque ambos teníamos un carácter abierto. Luego ocurrió su accidente y yo pasé unas vacaciones en Charleston, alojada en un hotel de la ciudad, yendo todos los días a casa de Black para estar cerca de él. Fue a las dos semanas de volver yo a Nueva York cuando él encontró el manuscrito. Entonces vino a verme y me lo contó todo. No me mostré tan entusiasmada como él por el supuesto tesoro. Mi opinión al respecto era que en el transcurso de tantos años alguien lo habría hallado, incluso el mismo Gainer pudo hacerlo, o cualquiera de sus descendientes. De acuerdo con la carta que estaba escondida en el tapizado del cofre, en el galeón había unas páginas en que se describiría un lugar, sin determinar, naturalmente, lo que había escondido, pero cualquier persona que hubiese hallado éstas podría haber sentido curiosidad y, en consecuencia, proceder a una investigación.

»Black se puso hecho una furia. Fue la primera pelea que hubo entre nosotros, pero suficiente para que yo me diese cuenta de que el hombre a quien había conocido y del que me había enamorado era otro. De todas formas, seguimos nuestras relaciones y él empezó la búsqueda del galeón embotellado. Ya sólo venía a verme a Nueva York esporádicamente, y entre nosotros dejó de existir aquel gran amor que nos había unido.

Pero Black decía que seguía queriéndome y que se casaría

cuando hallase el tesoro.

»Por fin se enteró de, que el último descendiente de Gainer se hallaba en Europa y se fue tras él. Mientras estaba en el viejo mundo, yo conocí a La Mure. Ocurrió cuando yo me encontraba desconsolada, y él fue solo una diversión en un principio para mí. Me hizo olvidar lo ocurrido con Russell y, poco a poco, fue llenando el vacío que Black había dejado en mi corazón. Cuando nuestro afecto mutuo creció, le conté la historia del manuscrito y el galeón Bob pensó que era un cuento creado por la imaginación de un marinero. Todos los años surgían docenas de historias sobre tesoros escondidos y, miles de veces, los periódicos se habían referido concretamente al de Henry Morgan. Llegó casi a convencerme de que Black Russell iba tras una quimera. El manuscrito no sería otra cosa que una broma que alguien había querido gastar al primer hombre que lo encontrase. Pero de pronto apareció de nuevo Black. Yo trabajaba en La Tortuga. Consiguió mi dirección y vino a verme a casa. Cuando le abrí la puerta, lo primero que hizo fue levantar en sus manos el galeón embotellado que tenía entre ellas. Sentí un estremecimiento y me relató entonces cómo había conseguido hacerse con él. Cuando se marchó, quedé preocupada y así me encontró La Mure. Le dije lo que pasaba y se quedó estupefacto. Empezó a pasear por la habitación y de pronto se detuvo diciéndome que debíamos hacer todo lo posible por compartir nuestra suerte con Black Russell. Después de todo, yo había sido su novia y él me había comunicado la intención de casarse conmigo. Para La Mure, aquella declaración equivalía a un verdadero matrimonio y, por tanto, yo tenía derecho a la mitad del tesoro. Como legalmente esto no podía conseguirse, él se encargaría de lograr mi parte. Intenté disuadirle, sin conseguirlo. Me dijo que yo no tenía que molestarme por nada, que él se encargaría de todo.

—¿Qué pasó después?

—Al cabo de unos días volvió Black. Le pregunté qué le pasaba y él me dijo que no había podido dormir en varias noches. Estaba obsesionado por la idea de que alguien le seguía y me contó lo del manuscrito que le habían robado en Gibraltar. Me explicó también que había dejado el galeón salir de Nueva York. Permanecería ausente algún tiempo. Había ido a Charleston donde enseguida le habían ofrecido asesorar la construcción de una goleta que debía

hacer en Miami por cuenta de un tal Jim Soustelle. El aceptó, porque esperaba calmar sus nervios en la costa de Florida. Dijo que marchaba aquel mismo día y que me escribiría desde Miami, cosa que hizo en cuanto llegó. Lo demás ya lo sabe usted…

—Faltan algunos detalles —objeté yo—. ¿Por qué admitió usted que Billie Temple le debía a Black mil dólares cuando yo se lo dije en su casa?

—Sentí miedo por Black y pensé que, si usted se preocupaba por él, haría bien en darle su pista para que lo defendiese. Yo estaba confusa. No sabía en realidad de qué forma proceder. Quería a La Mure, pero al —mismo tiempo deseaba que Black no tuviese ningún tropiezo Por ello no pude soportar más mi soledad en Nueva York y telegrafié a La Mure diciéndole que venía. El me esperó en el aeropuerto y me trajo a esta casa, donde me ha instalado.

—¿Por qué fueron la otra noche a la cala donde se encuentra la goleta de Jim Soustelle?

—Me dijo que utilizarán la goleta para llegar al lugar donde está escondido el tesoro y quiso que la viese a la luz de la luna.

—Yo estaba un poco más abajo y oí el diálogo que entablaban. La Mure habló como si estuviesen en su poder las páginas que faltan del manuscrito. Es decir, las que deben estar escondidas en el galeón. ¿Se las ha enseñado a usted?

—No.

Me levanté del sillón y di unos pasos por la estancia. Al fin me detuve y me volví hacia, ella, diciéndole:

—Lamento la noticia que voy a darle, Magde, pero es preferible que se la diga yo…

Black Russell ha muerto.

Ella se quedó completamente inmóvil, sin parpadear siquiera.

—¡Muerto!

—Ya me lo figuraba que La Mure no se lo habría dicho, pero así es.

De pronto. Magde abatió la cabeza entre sus manos, escondiendo el rostro y empezó a sollozar. Me acerqué a ella y le puse una mano sobre los hombros, llevándola al diván, donde la ayudé a sentarse, haciéndolo yo a su lado.

—Todas las personas que de un modo u otro se han relacionado con este asunto están obsesionadas por la idea de apoderarse del

tesoro.

Ella me mostró el rostro surcado por las lágrimas y exclamó súbitamente:

—Voy a avisar a la policía. Quiero a La Mure, pero no a ese precio.

—Escuche, Magde. Usted se va a estar quieta.

—¿Por qué he de hacerlo?

—Kay otras personas mezcladas en este negocio. Si usted comunica con la policía, lo echará todo a perder y puede que favorezca a las personas que pretende reciban su castigo.

—¿Cree que La Mure ha matado a Black?

—No quiero opinar por el momento. Necesito primero adquirir unos cuantos conocimientos, y eso es lo que voy a 'hacer ahora.

—No sé siquiera cómo se llama usted.

—Tom Baker.

Ella se quedó un rato en suspenso y, de pronto, desorbitó los ojos.

—¡Baker…! —exclamó.

—Exacto, Magde. Pero no tengo nada que ver con la muerte de Esther Crowley ni con la de Black. Sólo soy un hombre al que las circunstancias han colocado en medio de este embrollo. ¿Se da cuenta ahora de por qué necesito su silencio? Usted ha dicho que tuvo confianza en mí al verme Manténgala unas horas más y le doy mi palabra de que el asesino de Black Russell recibirá su merecido.

Magde dudó unos instantes, pero, finalmente, accedió:

—De acuerdo, señor Baker.

Era la segunda mujer a quien había pedido una tregua, y también la había conseguido. Pensé que si en aquel caso todo hubiesen sido mujeres ya habría logrado salir a flote. Pero, por desgracia, había unos cuantos tipos a quienes yo no me hubiese atrevido ni a pedir lumbre, y era con ellos con quienes me tenía que enfrentar ahora abiertamente.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta.

—Tendrá noticias mías, Magde —dije, volviéndome con la mano en el pomo—. Pero, por lo que más quiera, no hable de esto con radie y si se deja caer por aquí La Mure siga llevándole la corriente. ¿Prometido?

Ella meneó la cabeza de arriba abajo otra vez y yo salí

definitivamente de la casa.

Descendí las escaleras y el encargado se levantó de su silla, sonriéndome alegremente.

—Por el tiempo que ha invertido, debe haber colocado a la señora Kerchesky un par de sus aparatos.

Compuse un gesto de tristeza y le repliqué:

—No hubo suerte, amigo. Llegué cuando estaban dando por la radio un serial y, después de tener que escucharlo hasta el último aullido, la señora Kerchesky me dijo que volviese otro día. Ha sido catastrófico, y encima me ha costado cuatro dólares de mi bolsillo.

—Bueno, yo no tengo la culpa —dijo él, temeroso de que le pidiese el dinero.

Hice una mueca, lo saludé con la mano y salí a la calle.

Me dirigí adonde había dejado el «Jaguar», me metí dentro y me alejé de aquel sitio. Al poco rato detuve el vehículo cerca de un bar. Pedí un martini en el mostrador y, mientras lo servían, me introduje en la cabina telefónica.

Solicité una conferencia con la agencia de detectives de Brandon Scott, de Nueva York.

Sólo tuve que esperar un minuto para que una voz meliflua me acariciase el oído:

—Aquí la agencia de detectives Brandon Scott. ¿Qué desea, señor?

Era Mirna, una pelirroja de muy buen ver, con la que no pude salir durante las semanas que estuve trabajando para ellos, porque sólo le gustaba ir a los sitios caros.

—Aquí el duque de Windsor señorita. Han robado las joyas de mi esposa y…

Se me metió por la oreja el resoplido producido por un respingo y luego oí:

—Enseguida le pongo con el señor Scott, Majestad…, digo Excelencia.

Se interrumpió la comunicación unos instantes, mientras la joven daba aviso a Brandon de la alta personalidad que quería mantener conversación con él, y al poco rato me llegó su voz:

—A sus órdenes, señor duque. Le habla Brandon Scott, jefe de la mejor agencia de detectives de los Estados Unidos.

—Y el más judío también —añadí yo—. ¿No le da vergüenza

pagar a sus empleados siete dólares diarios?

Me imaginé a Brandon estupefacto y mirando al auricular, sin querer dar crédito a las palabras que de él salían. Antes de que pudiese reponerse, proseguí:

—Le habla su empleado Baker, Tom Baker. «T», de tonto; «o» de ostra, y «m» de murciélago.

Debió dar un salto enorme ante la mesa, y entonces gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Tom Baker! ¿Dónde se encuentra usted? ¡No se mueva de donde esté!

—Escuche, jefe, estoy pasando unas vacaciones en Miami. El tiempo es estupendo y tengo un par de chicas más estupendas todavía a mi lado. Y todo gracias al dinero que he ahorrado trabajando para usted. Pero ahora escuche bien y métase esto en la cabeza: necesito que alguien trabaje para mí inmediatamente.

La presión sanguínea de Brandon debió sufrir hasta un límite insospechado cuando gritó:

—¿Yo trabajar para usted? ¿Se ha vuelto loco?

—Lo va a hacer, y no por mí, sino por el buen nombre de su agencia.

—¡Está usted requerido por la policía! Mató aquí a una mujer. No tardará en caer en sus manos. Ya saben que está usted en Miami. Hicieron cantar a un tal Pretty, antiguo marinero. No hace aún diez minutos que el teniente Hinkel me comunicó que se ponía en camino.

—Bueno, aquí me encontrará, pero todo eso coincide con mi apreciación de que usted va a hacer lo que yo le pida.

—¿Por qué?

—Porque si me detienen, dejaré bien sentado en los centenares de interrogatorios a que me sometan los periodistas, que yo trabajo para la agencia de Brandon Scott. Le voy a hacer una publicidad gratuita tan maravillosa que en menos de una semana tendrá usted que cerrar el negocio y dedicarse a vender goma de mascar.

—No hará eso conmigo —dijo con voz trémula e irritada al propio tiempo.

—¿Por qué no nos dejamos de tonterías, Brandon? Usted no puede creer que yo haya asesinado a esa mujer. Tiéndame una mano y le aseguro que ocurrirá lo contrario de lo que le acabo de

participar. La agencia de Brandon Scott se cubrirá de gloria, porque uno de sus empleados habrá desentrañado uno de los mayores misterios de la época.

—¿Qué quiere que haga?

—Hace cosa de unos meses atracó en el puerto de Gibraltar un petrolero de la flota de Onassis, que lleva el nombre de "Ática", De él desapareció un marinero llamado Ernest Russell, conocido también por Black. Por las mismas fechas, puede ser que el mismo día o en los siguientes, se largó del mismo barco otro hombre. Quiero saber todo lo relacionado con éste. Su nombre, su descripción física, en fin, su biografía desde el momento en que nació hasta lo que esté haciendo en este momento.

—Pero eso es absurdo, Baker; puede ser un turco o un holandés que se encuentre ahora en las antípodas.

—Me importa un comino ahora sea coreano o nicaragüense. Usted tiene que averiguarlo todo y comunicármelo telegráficamente a Miami, a nombre de Harry Wrigth, residencia de Pamela Norton.

—Invertiremos en ese trabajo varios días.

—No invertirá en ellos ni un solo día completo. Conozco la forma en que lleva usted los asuntos que le interesan y sé que, si quiere, puede realizar la investigación en seis o siete horas. He de tener el comunicado en mi poder, a más tardar, mañana por la mañana a primera hora.

—¿Se ha vuelto usted loco, Baker?

—Debí de estarlo cuando se me ocurrió meterme en su plantilla. Ya lo sabe, viejo. Si no tengo lo que quiero en el plazo que le doy, no me servirá y yo seré hombre perdido. Pero recuerde que si yo caigo, lo arrastraré conmigo. Hasta más ver.

Fue a replicar, pero yo, entonces, colgué.

Salí de la cabina, me acerqué al mostrador, bebí el martini y pagué su importe y el de la conferencia, abandonando el local.

Me dirigí con paso lento al lugar donde había dejado aparcado el coche, a la vuelta de la esquina, y descubrí a dos hombres que estaban examinándolo. Eran de la misma estatura y parecían troquelados por el mismo molde. Los dos eran morenos y poseían ojos negros, pero sus rasgos faciales eran distintos. Uno tenía la nariz aguileña y el otro parecía que se la habían achatado a fuerza de puñetazos, porque mostraba el puente ligeramente desviado.

Yo me acerqué al coche con ánimo de abrir la portezuela y colarme dentro, sabiendo que me iba a ser difícil escapar de aquel peligro. Al fin se habían decidido a quitarme a mí también de en medio. Yo soy un detective privado muy extraño. Trabajaba sin pistola. Para ello existía una explicación, la había empeñado mucho antes de que le llegase el turno al galeón y había dejado perder el arma conscientemente. Estaba abriendo la portezuela del asiento delantero cuando el narigudo dijo:

—Tiene un bonito coche, señor. No hemos traído el nuestro y necesitamos ir a cosa de tres millas de aquí. ¿Quiere llevarnos?

—Lo siento, amigos —repliqué—, pero el caso es que tengo mucha prisa.

—¿Sí? —Oí la voz del chato a mi espalda—. ¿Se le ha pegado fuego a la cara?

Giré la cabeza para contemplar a mi nuevo interlocutor y le vi enseñándome una pistolita de cañón corto, un precioso juguete cuyo ojo me miraba exactamente al punto donde yo tenía el corazón.

—Bueno —dije—. Si se ponen así, pueden entrar.

—¡Qué chico más comprensivo! —murmuró el narigudo, y se puso a mi lado. El otro, el del «quitapenas», se metió en el asiento posterior.

—¿Dónde es ese sitio? —pregunté, antes de embragar.

—Siga recto, y cuando salga a la pista, tire hacia la derecha.

Estaba oscureciendo rápidamente, porque el cielo se había encapotado. Corrimos las tres millas por la pista, pero ninguno de los hombres que había conmigo dio orden de que me detuviese.

—¿Cuándo llegaremos? —pregunté entonces.

—No se preocupe —respondió el que estaba a mi derecha—. Alguien dijo que no hay cosa que instruya más que un viaje.

—Pero no con ciertas compañías —objeté yo.

—¿Lo has oído, Bill? —soltó una carcajada el instruido—. Un muchacho alegre como éste es el que nos estaba haciendo falta.

Yo guardé silencio, pensando en lo que me ocurriría al final del trayecto. Estaba seguro de que no me iban a obsequiar con pastelillos. Eran un par de matones que habrían hecho a lo largo de su vida méritos para ser considerados como unos consumados artistas en su género.

La noche lo cubrió todo con su negro manto y hube de encender los faros. Calculé que debíamos estar a unas doce millas de Miami, siguiendo la carretera del norte, cuando Billie dijo:

—Eh, Torano. Estamos llegando.

Torano me pegó un codazo en el riñón, mientras me ordenaba:

—Frena en la próxima curva, muchacho.

Era un lugar desierto. Hacía rato que habíamos dejado atrás la última residencia. Aquel terreno era muy quebrado y la pista serpenteaba por una ladera. A la izquierda había una red dé postes que sostenían un fuerte enrejado, el cual indicaba la existencia de un abismo. Cuando nos detuvimos en la última curva pude oír claramente el murmullo del mar al fondo.

Era un estupendo escenario para cometer un asesinato.

—Salta ya —dijo Torano, sacando una pistola del mismo modelo que la de su amigo.

Tragué saliva. Creí que el fin iba a ser rápido, pero no fue así.

Bill salió y se puso a mi lado apuntándome con su chisme. Torano se quedó en el coche y lo hizo maniobrar, metiéndolo al otro lado de la cuneta, a la derecha, dejando apagados los faros. Luego se incorporó a nosotros y sacó del bolsillo posterior del pantalón una petaca llena de *whisky*.

—Anda, bebe, Baker —me dijo—. La fiesta se celebra en tu honor.

—Tengo el estómago vacío y me haría daño —respondí.

—Peor te sentará un relleno de plomo —dijo Bill, apretando el cañón en mi hígado.

Era un consejo persuasivo y preferí el *whisky*. Cogí la petaca, di vueltas al tapón y, cuando lo hube quitado, levanté ligeramente la botella, diciendo:

—A vuestra salud, muchachos.

Bebí un largo trago y luego se la tendí a Torano.

—Bebe más —me dijo.

Era un *whisky* muy malo y empecé a sentir náuseas, pero probé otra vez. Cuando aparté el gollete de nuevo de mis labios di dos o tres arcadas y, de pronto, Torano me golpeó con la culata del revólver en el mentón. Lancé un grito de dolor y ello fue suficiente para conservar el *whisky* en mi estómago. Mi verdugo soltó una risita.

—No falla nunca, muchacho, Te lo tienes que beber todo.

—Es más fuerte que yo. No podré —dije.

—Claro que podrás —repuso Billie—. Anda, prueba otra vez.

Miré la botella, A pesar de la oscuridad pude observar que no estaba ni por la mitad todavía, y sólo el pensar que todo aquel líquido tenía que entrar por mi boca me puso malo de nuevo.

—Haz lo que te digo —gritó Torano.

Empiné de nuevo el codo y, de pronto, cuando estaba bebiendo, Bill me rodeó el cuello con su brazo y me sujetó, mientras que su compañero me apretaba la botella contra la boca.

—Trágalo todo, muchacho. Sé valiente —decía el canalla de Bill —. Ya verás cómo te sientes mejor cuando lo hayas bebido.

Ingerí hasta la última gota y, entonces, me soltaron. Di unos pasos vacilantes, pero conseguí mantenerme en pie. Torano levantó la botella y la miró al trasluz.

—¡Qué gran chico! —exclamó—. La ha vaciado.

Se acercó a mí y me metió la petaca vacía en el bolsillo de la chaqueta. Por primera vez en mi vida me daba cuenta, segundo a segundo, de que me estaban emborrachando.

—Será mejor que me siente —dije.

—Ahora, enseguida, te podrás sentar —repuso Torano—. Anda, Bill, tráelo ya.

Oí los pasos de Bill que se alejaban, luego el ronquido de un motor y, de pronto, una gran mole se acercó por la derecha. Habíamos dejado el «Jaguar» a la izquierda, por tanto no podía ser nuestro vehículo. Miré al que llegaba y lo vi enorme, aunque tenía los faros apagados.

Bill, al fin, se acercó a nosotros y le oí decir en un murmullo:

—Listo, Torano, ya está junto al volante. Metamos a éste.

Me cogieron cada uno de un brazo y fui introducido en el asiento delantero. De repente mi mano rozó con otra fría como el hielo. Levanté la cabeza mirando al hombre que tenía al lado y lo vi con la cabeza echada hacia atrás. Era Robert la Mure. Estaba muerto.

—Pon en marcha el motor —dijo Bill—, y mándalos al infierno.

Pude sobreponerme y mirar hacia delante. Yo estaba con el cadáver del periodista en el «De Soto» y la proa de éste señalaba al abismo.

Olfateé el *whisky* que se desprendía de la camisa de La Mure. Lo habían emborrachado, como a mí, pero a él lo habían matado antes. Nos íbamos a hacer pedazos los dos allá abajo. Recordé los saltitos que daba el forense que tenía una hija que se llamaba Silvia y se iba a casar muy pronto. Cuando llegasen allí con la policía y contemplase nuestros cuerpos destrozados, diría: «Se lo buscaron ellos. ¿A quién se le ocurre meterse medio litro de *whisky* en el cuerpo conduciendo un coche?».

Torano se puso junto a La Mure y embragó. El coche se puso en movimiento y el bandido saltó fuera, gritando:

—¡Buen viaje, muchacho!

El coche se fue deslizando suavemente hacia el enrejado que protegía la pista.

CAPÍTULO VII

Tenía la impresión de que la sangre no circulaba ya por mis venas, pero una voz resonaba en mi cerebro, produciendo mil ecos: «Tienes que intentarlo, Tom. Debes hacerlo, puedes salvarte».

Moví un brazo, el derecho, hacia la portezuela y, tras tantear unos segundos logré asir el tirador.

La parte delantera del «De Soto» chocó contra la reja protectora y ésta cedió a su paso como si estuviese hecha de mantequilla.

Mi mano empezó a hacer girar la manivela que sujetaba.

El «De Soto» inclinó suavemente el morro hacia abajo y sus neumáticos delanteros chirriaron al ser rayados por la roca. De pronto, se inclinó más y se precipitó hacia el fondo. Auné todas las energías de que mi cuerpo era capaz, abrí de un tirón la portezuela y me arrojé por ella sin pensar dónde podría caer. Crucé el aire sin encontrar ningún punto de apoyo y me dije que todos mis esfuerzos por escapar a la muerte habían resultado inútiles. Pero de pronto mi cadera izquierda golpeó con algo. Crujieron mis costillas, y mis manos buscaron un asidero. Rodé, pero al fin conseguí detenerme mientras me golpeaba en la frente contra la arista de una piedra. En ese instante se oyó un terrible estruendo. El «De Soto» había chocado con el primer obstáculo en su salto al vacío. Siguió un siniestro crujido metálico y el vehículo continuó su carrera alocada, estrellándose una y otra vez. Al fin, al llegar abajo, hizo explosión el motor y se incendió.

Desde arriba me llegó la voz de Bill:

—Ha sido el mejor trabajo que hemos realizado en estas vacaciones.

—Bueno, vámonos ya —sugirió Torano—. Hemos de llevamos el «Jaguar» y dejarlo en aquella calle. Así parecerá como si La Mure y

Baker se hubiesen encontrado después que el periodista vio a su amiga.

Poco después el coche se alejaba rápidamente de aquel lugar.

Inspiré profundamente, sintiendo correr la sangre por mis mejillas. La brisa del mar me hacía mucho bien, pero no era suficiente para evitar que cada vez me fuere sintiendo peor. Dentro de muy poco no podría dar un paso. Hice un esfuerzo y me enderecé, pero luego tuve miedo de caer al abismo y empecé a gatear. Tardé unos cuantos minutos en llegar a la cuneta. Una vez allí arriba me fui al otro lado del encintado y eché a andar, de regreso a Miami. Sólo pude caminar un par de millas, y en este corto trayecto me caí media docena de veces. Tuve que desistir. No lograría adelantar nada. Me estaba exponiendo a que me sorprendiesen, en cuyo caso tendría que dar una explicación que no me interesaba.

Vi unos cuantos árboles y me metí por entre ellos. Entonces me dejé caer. Por fortuna, el suelo estaba cubierto por una fresca hierba. Era una estupenda cama después de lo que yo había pasado. Me puse boca abajo y al poco rato me dormí.

Cuando desperté todavía era de noche y sentí un terrible dolor de cabeza, al propio tiempo que me zumbaban los oídos. Todavía no se me había pasado el efecto de la borrachera. Contemplé la esfera de mi reloj y observé que eran las cuatro y media de la madrugada. Había dormido cerca de siete horas, ya que Bill y Torano habían ejecutado su trabajo hacia las ocho de la noche. Arriba, en la curva, había mucho movimiento. Vi los faros encendidos de dos o tres coches. El incendio del «De Soto» debía haber sido visto desde algún sitio de la costa, cerca de Miami, y allí estaría ahora la policía con su forense.

Les debía estar costando bastante esfuerzo el descender hasta abajo, ya que no existía ningún camino para llegar adonde se encontraba ahora el cadáver de La Mure.

Me limpié con el pañuelo el frío sudor que corría por mi frente y me enderecé, reanudando el regreso a la ciudad. Me guardé bien de pisar la carretera. Cuando fue más de día me detuve para observar mi traje, y comprobé que no estaba roto, sino solamente sucio de tierra, e invertí unos cuantos minutos en limpiarlo. Así, un poco más aseado, entré en Miami. Me dirigí al lugar donde Bill y Torano

dijeron que aparcarían el «Jaguar» y, efectivamente, allí estaba. Me metí dentro, dando un suspiro de alivio, y embragué. Eran entonces las ocho, y media hora más tarde había regresado a la residencia de los Norton.

Sólo vi en la terraza a Pamela.

Subí y le di los buenos días, hecho lo cual me senté en un sillón de mimbre.

Ella correspondió a mi saludo y luego nos miramos en silencio.

—¿Cómo has madrugado tanto? —pregunté, por decir algo.

—Me despertó una criada. El capitán Mac Donald quería hablar conmigo.

—¿Sobre qué?

—Encontraron el «De Soto», destrozado, a unas quince millas de Miami. Cayó por un barranco y se incendió. Robert la Mure iba dentro.

—Lo siento —murmuré.

—Al parecer había bebido más de la cuenta y sufrió un despiste.

—Siempre ocurre lo mismo —repuse.

Ella observó la herida que yo tenía cerca de la ceja y un par de arañazos más que no debían prestar nuevos encantos a mi rostro.

—¿Dónde estuviste anoche? No has dormido aquí.

—Me encontré con una antigua amiga.

Pamela siguió mirándome y, de pronto, se mordió el labio inferior y giró su cara hacia el mar.

—¿Cuándo vas a terminar de mentirme, Tom?

Me dolió sobremanera el oír aquellas palabras. No tanto por mí como por ella.

—Hoy caerá el telón —anuncié.

—¿Y luego? —me preguntó.

—De una forma u otra, saldré de esta casa —repuse.

—Anoche me llamó mi padre desde Jacksonville. Llegará al mediodía. Hoy mismo determinaremos la fecha de mi boda.

Tuve la impresión de que me clavaban un alfiler en el corazón.

Me hice el indiferente y saqué un cigarrillo del casi exhausto paquete, encendiéndolo.

Cuando arrojaba la primera bocanada de humo, ella me preguntó:

—¿No te importa, Tom?

—¿El qué?

Su semblante palideció.

—Me he comportado como una estúpida. Pensé que…

—¿Qué es lo que pensaste?

—Que tú me querías y que por nada del mundo permitirías mi matrimonio con Jim Soustelle.

Nunca, en ningún momento anterior de mi vida había sentido mayor satisfacción. Pese a todo, ella seguía siendo mi chica. De buena gana hubiese recorrido la distancia que nos separaba para estrecharla entre mis bracos. Pero no podía echar a perder todos mis esfuerzos.

—El caso estaba llegando a su término y yo no podía fallar por ningún motivo.

Así que me levanté y dije, eludiendo la conversación:

—Será mejor que suba a mi habitación a tomar un baño.

Ella apretó los labios, y cuando yo estaba a punto de salir de la terraza, dijo con voz cortante:

—Sobre una bandeja del vestíbulo encontrarás un telegrama para ti, Henry Wrigth. Y te voy a decir una cosa: puedes marcharte cuando quieras, estoy deseando perderte de vista.

Seguí andando sin mirarla y oí que emitía un sollozo. Me repugnaba hacerme el hombre duro, pero las circunstancias mandaban. Me acerqué al vestíbulo y vi sobre una bandeja un montón de cartas y a un lado mi telegrama. Lo abrí. Éste estaba firmado por Scott, y decía así:

> «Marinero Walter Bunler abandonó *Ática* veinticuatro horas después que Black Russell, en Gibraltar. Punto. Embarcó en Vigo unas semanas después, directo a Nueva York. Punto. Walter Bunler nació en 1924, en Laurel. Estado de Minnesotta. Punto. Se casó en 1951, en Trenton, Estado de Nueva Jersey, con Patricia Rippley. Punto. Marinero Bunler estatura regular, moreno, ojos azules, recia musculatura. Punto. Telefonee cuando tenga algo. Punto. Saludos, *Scott*».

Doblé el telegrama y me quedé pensativo. Instintivamente cogí

las cartas que había en la mesa, sobre la bandeja. Eran cuatro. Empecé a golpearlas sobre el dedo índice de la otra mano. Me fijé en los nombres de las personas a quienes iban dirigidas. Una para Kate Ryan, otra para Leslie Drewett y las dos restantes para Jim Soustelle. Estas últimas estaban reexpedidas desde el hotel Tropical. Había un sello del hotel y encima alguien había escrito: «Residencia de los señores Norton».

Decidí hacer el reparto de la correspondencia. Primero llamé a la habitación de Kate y una voz lejana me autorizó para que entrase. Pasé al interior y oí el escape del agua.

Kate estaba tomando una ducha.

—¿Quién es? —gritó.

Había dejado las puertas abiertas, y yo le contesté:

—Soy Harry, Kate.

Transcurrieron unos segundos y ella inquirió de nuevo:

—¿Hay alguna novedad?

—Te he subido una carta que había para ti.

—Oh, gracias, déjala por ahí encima. Saldré dentro de un instante.

—No me puedo quedar. Yo también quiero remojarme un poco. Nos veremos luego.

Ella no dijo nada, y salí, dirigiéndome a la habitación de Leslie. Llamé de nuevo y esta vez me colé dentro sin esperar la autorización.

Oí el tecleo de la máquina y me asomé al dormitorio.

—¿Cómo va eso, Leslie? —pregunté.

El biógrafo de Henry Morgan dio un respingo, sobresaltado, y me miró con ojos de búho.

—¡Caramba!, señor Wrigth, menudo susto me ha dado.

—No ha sido ésa mi intención. Sólo quería entregarle esta carta que ha llegado para usted.

Se levantó, acercóse y cogió la carta que le tendía. Luego dio unos pasos por la habitación, se puso junto a la ventana y, tras mirarme y emitir un ligero carraspeo rasgó el sobre, extrayendo su contenido.

Estuvo leyendo un rato y, finalmente, dobló el papel y lo volvió a guardar.

Sus labios dibujaron una sonrisa, y yo le pregunté:

—¿Buenas noticias, señor Drewett?

—Perfectas, señor Wrigth. Un editor de Nueva York ha aceptado la publicación de mi biografía sobre Henry Morgan.

—Me habló de ello Kate. ¿Cómo se le ocurrió dedicarse a eso?

—Fue puramente casual. Cayó en mis manos cierto manuscrito de memorias de un bucanero de Morgan. Naturalmente, era falso. Ha podido hacerlo cualquier aficionado, pero el caso es que, leyéndolo, sentí deseos de aclarar la extraña vida del más famoso jefe de la Hermandad de la Costa.

—¿No cree, entonces, en la historia del tesoro de Morgan?

—No soy tan ingenua, señor Wrigth. Precisamente en mi biografía trataré de demostrar que Morgan no pudo ser tan tonto como para dejar escapar a unos cuantos de sus hombres con el tesoro que tantos sacrificios le había costado. Está bien claro que merced a esas riquezas, Morgan llegó a llamarse *sir* Henry y a ser recibido en palacio por el propio rey Carlos II.

—Yo tengo una teoría opuesta a la suya, señor Drewett.

El autor teatral frunció su entrecejo, mirándome con cierta curiosidad.

—¿Cuál es, señor Wrigth?

—Creo que es más lógica que la suya. Véalo si no. William Rains dijo la verdad, es decir, que burló a Morgan en el propio puerto de Port Royal y se largó con los trece cofres de oro y piedras preciosas.

—¿Cómo sabe usted tales detalles?

Saqué del bolsillo de la chaqueta el manuscrito que le había quitado el día anterior y se lo di, mientras le preguntaba ingenuamente.

—¿Le pertenece a usted esto?

Lanzó una exclamación y corrió a quitármelo de las manos.

—¡Es mío! Desapareció de mi cartera ayer.

—Lo encontré en el jardín, mientras paseaba, hace un rato.

Hojeó algunas páginas para comprobar que no le daba gato por liebre y, por fin, levantó la mirada, depositándola en mi rostro.

—Prosiga, señor Wrigth. Usted dice que Rains escribió una historia verdadera, pero ello se contradice con el hecho de que Henry Morgan abandonase el filibusterismo para ostentar la dignidad que le fue concedida en Londres. Además, se cuenta que vivió el resto de su vida casado con su prima Elizabeth, haciendo

ostentación de su riqueza.

—Pero hay algo que usted no menciona, Leslie. Henry Morgan se hizo nombrar gobernador de Jamaica y, ¿qué hizo a partir de su llegada a la isla como representante de la Corona? Se revolvió contra los mismos hombres que él había capitaneado. El conocía bien sus refugios y arrasó la isla Tortuga. Ahorcó a centenares de bucaneros, trasplantó ciudades enteras compuestas por las familias de los que habían luchado bajo su bandera y, en fin, todos sus actos, a partir del momento que pisó Jamaica como *sir*, estuvieron encaminados a eliminar el más pequeño vestigio de la Hermandad de la Costa. ¿Por qué eso? Sólo había una razón. Buscaba a los hombres que lo habían traicionado, a Williams Rains, James Gainer, a aquel Dick que murió víctima de las fiebres… El debía mantener la esperanza de que, tarde o temprano, caería en su poder alguno de los traidores y que entonces su prisionero le conduciría al lugar en donde guardaban el tesoro. Lo de que vivió haciendo una ostentación es un argumento pobre para demostrar que tenía en su poder el botín de Panamá. Le bastaba con lo que seguía robando a los galeones españoles y a los bucaneros que en otro tiempo habían sido sus hermanos. El tesoro escondido, y jamás encontrado, de Henry Morgan existe, señor Drewett. Yo estoy seguro de ello.

Leslie había escuchado mis últimas palabras con la boca abierta, y no esperé su respuesta, sino que levanté la mano a guisa de saludo y abandoné su habitación, dirigiéndome a la de Jim Soustelle. En aquel memento el prometido de Pamela se disponía a salir.

—Hola, Harry; precisamente iba a ir en su busca —me dijo—. ¿Quiere pasar?

Mantuvo la puerta abierta muy educadamente y me invitó a penetrar en el interior. Vio las dos cartas que llevaba para él y me las quitó un poco bruscamente.

—Son para mí, ¿no?

—Me he permitido traérselas.

—Creí que *eso* era cosa de los criados.

—Repita otra impertinencia como ésa y le arrancó de cuajo la dentadura.

Jim dio un paso hacia atrás, un poco asustado. Pero se repuso enseguida viendo que yo me quedaba quieto.

—Es respecto a Pamela. He notado que existe entre usted y ella

cierta corriente de simpatía.

—No puede ser menos —le contesté—. Nos conocemos desde niños.

—Deje ya eso. Yo conocí a un montón de niñas en mi infancia y no paso el tiempo metido en sus casas.

Se la estaba ganando en grande, pero me armé de paciencia, porque yo también quería preguntarle a mi vez ciertas cosas.

—Escuche, Jim —le dije—, entre Pamela y yo no ha habido nada hasta ahora, de modo que abandone usted esa actitud. Ella es una mujer libre. Puede casarse con quien le plazca.

Su rostro pareció iluminarse y me sonrió por primera vez en aquella mañana.

—¿Lo dice de corazón, Harry?

—Absolutamente.

—Bien. Esto lo aclara todo —echó una ojeada a las cartas y se las metió en el bolsillo sin abrirlas, diciendo—: Bah, son negocios de puro trámite. Ya los resolveré luego. Ahora quiero ir a almorzar con Pamela —pasó junto a mí, acercándose a la puerta, pero yo le retuve, sujetándole de un brazo.

—Quiero que me aclare ciertos detalles, Jim.

Giró hacia mí, inquiriendo:

—¿De qué se trata, Harry?

—Es respecto a ese Black Russell que tiene usted como asesor en la construcción de la goleta. ¿Cómo se le ocurrió contratarlo?

—Oh un amigo me habló de él en el Club Náutico hace unos meses. Me lo recomendó porque a él le había construido, hace cuatro años, una goleta muy buena que ha ganado los más importantes cruceros entre las islas del Caribe. Ya sabe, estos barcos han de reunir condiciones especiales para poder meterse entre los millares, de bancos que hay alrededor de las Bahamas y las Lucayas. Entonces escribí a Black Russell, a Charleston, pero empezó a pasar tiempo sin recibir respuesta, hasta que, de pronto, un día llegó la contestación cuando ya estaba dispuesto a buscar otra persona. Aceptaba el asesoramiento, y hace cosa de mes y medio llegó como me había anunciado. Estoy muy contento de la labor que ha realizado. Usted mismo lo puede ver. Posee una gran capacidad de organización y dentro de unos días tendrá la goleta terminada.

—¿Al amigo que le recomendó a Black Russell lo ha visto?

—No ha tenido esa oportunidad porque se encuentra en Francia.

—Comprendo.

Jim Soustelle enarcó las cejas y me dijo:

—¿Qué le pasa, Harry? No acierto a comprender el sentido de sus preguntas.

—No tiene importancia alguna. Ya nos veremos más tarde, Jim.

Me aparté de él y me dirigí a mi habitación, donde me desvestí inmediatamente para pasar acto continuo al cuarto de baño. Solté un grito cuando cayó sobre mí cuerpo el primer chaparrón de agua helada, y luego me puse a cantar con voz estentórea. No había para menos. Acababa de solucionar el caso de la muerte embotellada.

Terminé de ducharme, me metí en un albornoz y, cuando me secaba la cabeza, oí que se abría la puerta que comunicaba con el corredor y un fuerte murmullo de voces. Reconocí en una de ellas la de Pamela. Salí al *living-room* y me encontré con que allí estaba el teniente Hinkel, apuntándome con un dedo y mirándome como si yo fuera la peor alimaña del universo.

—¡Ahí lo tiene, señorita Norton! ¡Ése es el hombre que me voy a llevar!

CAPÍTULO VIII

—Cometería la mayor equivocación de su vida —contesté a Hinkel.

El teniente era alto, robusto, de pelo muy crespo y cara ancha, de ojos un poco saltones. Se cubría con una gabardina y en su mano derecha sostenía el sombrero. Lanzó una carcajada y miró a Pamela para ver, seguramente, si también se reía, pero como la vio seria, volvió los ojos hacia mí, exclamando:

—Se le ha acabado la buena vida, Baker. A partir de ahora vivirá a costa de los contribuyentes, pero creo que va a ser por poco tiempo.

—¡Y un cuerno! —exclamé—. ¿Quiere escucharme un momento, teniente?

—Ya lo oiré en Nueva York.

—Entonces no podrá evitar que caiga en el mayor de los ridículos. Siempre le he considerado Como a una persona sensata, teniente.

—¿De veras? —preguntó sarcásticamente.

—Puede estar seguro de ello. Ahora me decepcionaría si se limitase a prenderme para entregarme en Nueva York. Haga un esfuerzo y piense con la cabeza. No vine aquí huyendo de la policía, sino porque se encontraba en Miami la clave del asunto.

—¡No me diga! ¿Por qué no se le ocurrió que lo descifraría mejor un sitio más lejano? Caracas o Buenos Aires, por ejemplo.

—Deje ya de decir tonterías. Aquí estaba Black Russell. El hombre que me había dejado el galeón.

—¿Va a repetir el disco que me soltó Glen Pretty? Ponga otro, ¿quiere?

—Pienso demostrarle que cuanto le ha dicho Pretty es cierto.

—A mí lo que me interesaba era dar con el asesino de Esther

Crowley y, como ya lo he encontrado, me marcho a casa.

—Escuche esto, Hinkel: créalo o no, el asesinato de Esther Crowley es algo completamente circunstancial. Fue un caso de verdadera mala suerte para ella el que se encaprichase del galeón que vio en el escaparate de la casa de Marck Cohen. Naturalmente, no sabía que la posesión del galeón embotellado le iba a costar la vida, ni yo tampoco… ¡Ni siquiera el asesino!

—¿Quiere decir que no fue un crimen premeditado…?

—En absoluto. Yo, involuntariamente, proporcioné las armas al asesino para que eliminase a Esther Crowley.

Hinkel se volvió rápidamente hacia Pamela, exclamando triunfalmente:

—Ya lo oye. Usted es testigo, señorita Norton. Acaba de decir que fue cómplice del criminal —volvió la cabeza hacia mí y dijo, jactanciosamente—: ¿Qué se le ocurre ahora, Baker?

—Espere a oír la historia completa y apuesto a que entonces no tiene ganas de sonreír. Pretty le habrá contado que Black Russell fue a mi despacho y, por no tener dinero para pagar los honorarios de una investigación que había realizado por su cuenta, me dejó en prenda el galeón embotellado. Yo pasé hambre durante unas semanas y al final me cansé. Cogí el galeón y lo empeñé en casa de ese judío de Marck. Luego, cuando vine a mejor fortuna intenté recobrarlo, pero el plazo había pasado y Marck lo acababa de vender a Esther Crowley. Conseguí la dirección de ésta y me puse en contacto con ella telefónicamente. Me concedió una entrevista para las ocho y media de aquella noche. La señorita Crowley se mostró muy complaciente y estuvo dispuesta a devolverme el galeón si yo le reintegraba el precio que ella había abonado por él a Cohen. Di mi conformidad para realizar la operación, mas luego lo pensé mejor, resignándome a dar por perdido el galeón no acudiendo a la cita.

—Pero luego volvió a arrepentirse y usted acudió a la casa de la señorita Crowley.

—Nada de eso. Yo no fui. Quien acudió fue el asesino.

—¿Qué asesino?

—Le deletrearé todas las letras de su nombre en el momento oportuno. Ahora no puedo probar nada y mi acusación sólo serviría para que usted echase a perder todo mi trabajo.

Hinkel abrió la boca para contestar airado, pero le atajé:

—Escuche y verá. Había una perdona a la que le interesaba mucho el galeón.

—¿Es que se cree que soy un chiquillo, Baker? ¿Por qué había de matar una persona a otra por uno de esos chismes? No me irá a decir que se trata de un crimen cometido por un loco.

—Nada de eso, pero le ayudará a comprender todo el saber que en ese galeón estaba escondido un plano.

—¿Un plano? Es demasiado malo para buscarse una coartada, Baker. Ya se acabó el espionaje, y en cuanto a los proyectiles teledirigidos, el Departamento de Defensa, con la experiencia de los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, ha forjado una verdadera barrera impenetrable alrededor de sus secretos.

—Ese plano no contenía ningún secreto militar, teniente. Simplemente se describía en él el lugar donde está escondido el tesoro del famoso pirata Henry Morgan.

Hinkel arrugó el entrecejo, después la nariz y, al final, se puso colorado como un tomate.

—¿Es que me quiere tomar el pelo, Baker?

—Le estoy hablando completamente en serio, pero no me importa que me crea o no. Suponga que lo que le digo es cierto, o sea, que el galeón contenía un secreto lo bastante importante como para que una persona intentase hacerse con él. Suponga que esa persona se enteró de que yo tenía el galeón.

—¿De qué forma se iba a enterar?

—Haciendo cantar a Black Russell, puesto que era la única persona que sabía que lo tenía yo. Black Russell, después de dejarme el chisme, se vino a Miami, ya que Jim Soustelle, un invitado que encontrará en la terraza de esta misma casa, le había contratado para construir una goleta. Ahora suponga que a Black, al llegar aquí, le estaba esperando el hombre que pretendía hacerse con el galeón. Habían sido amigos en otro tiempo, compañeros del mismo barco, el *Ática*, un petrolero que realizaba sus servicios por los mares de Europa. Black Russell creería que el encuentro era simple coincidencia y el otro le invitaría a una copa, Pero lo cierto es que cayó en la ratonera.

»Como iba diciendo, de una manera u otra, el individuo en cuestión le obligó a revelarle que yo tenía el galeón. Entonces

nuestro hombre puso a Black Russell a buen recaudo y se fue a Nueva York. Debió pasar un gran susto cuando se encontró con que yo no trabajaba en mi despacho porque había sido desahuciado de él, pero se hizo con mi dirección, y puede apostar su insignia a que se coló en mi apartamento mientras yo dormía. Husmeó por todo el cuarto, pero no encontró el galeón. Entonces registró en mis ropas y encontró en mi cartera el resguardo acreditativo de que yo había empeñado el objeto en la prendería de Cohen. Ello debió ocurrir la noche anterior al día en que murió Esther Crowley y, por tanto, él también se debió dar cuenta de que el plazo para recuperar el galeón había caducado. Es la única justificación de que me dejase el resguardo y no se lo llevara. A primera hora de la mañana, cuando el establecimiento de Cohen se abrió él se presentó allí y se enteró de que la endiablada botella había sido adquirida por Esther Crowley.

Hinkel hizo una mueca y murmuró:

—Marck Cohen tiene declarado que un hombre preguntó por la botella no más abrir la puerta de su negocio aquel día.

—Y apuesto a que su dependienta rubia no estaba en aquel momento, porque de lo contrario ella misma me le hubiese dicho a mí. —Está bien, prosiga. ¿Qué pasó después?

—El asesino, que no lo era todavía, sabía ya dónde estaba el objeto de su búsqueda, y dedicaría todo el día a pensar en el procedimiento para apoderarse de él. Al fin dio con el más sencillo: se dejaría caer por casa de la señorita Crowley el más sencillo: se dejaría caer por casa de la señorita Crowley era coleccionista de esos objetos. Puso en práctica su plan. Esther Crowley lo recibió, y él se encontró con algo inesperado… Esther le dijo que había recibido una llamada telefónica del dueño de la botella y que a las ocho y media llegaría para recuperar el galeón. Su interlocutor debió soltar unas cuantas maldiciones para sus adentros al pensar que había dejado transcurrir varias semanas sin acordarme de la —botella y, de pronto, me ponía en campaña al mismo tiempo que él. Le preguntaría lo que había pagado por la botella a Cohen y él doblaría el precio o lo triplicaría, pero ella, haciendo honor a la palabra que me había dado, y siendo que no le hacía falta el dinero, se negó a vendérselo. Esta conversación debía tener lugar muy cerca de la hora que la señorita Crowley me había señalado a mí para ir a

su casa, a las ocho y media. El asesino demostró poseer una rápida imaginación. Me había convertido en su rival y, probablemente se preguntaría si yo conocía el secreto del galeón. Black Russell había acreditado tener mucho miedo desde que abandonó el «Ática», en Gibraltar, y pudo haberse buscado un confidente. Mi profesión de detective privado no parecía indicar otra cosa. El destino le favorecía. Si él mataba a Esther Crowley y se llevaba el galeón, tal como estaban las cosas, todos los indicios me apuntarían a mí como autor material del crimen. Sus ojos descubrieron la daga florentina de Benvenuto Cellini y se encontró con una magnífica arma para llevar a cabo su idea. Es casi seguro que adoptaría la actitud de dar por perdido el galeón, encauzando el diálogo hacia los objetos que había en la habitación. Mostraría interés por ver la daga, que supongo se encontraría en una vitrina, y se las arregló para que Esther Crowley se la, mostrase. Lo demás lo dejo a su imaginación, teniente…

Una larga pausa y, de pronto, Hinkel dijo:

—Todo eso no es más que una teoría. Yo podría inventar ahora mismo cinco más que no se parecerían entre sí. Déme una prueba de que lo que me dice es cierto y empezaré a creer que es usted un verdadero detective.

—De acuerdo. Pero antes le voy a ofrecer, como regalo, otra teoría. El asesino regresó aquí con el galeón. Se lo mostraría a Black Russell orgulloso.

—¿Quiere decir que no mató a Black Russell antas de ir a Nueva York a buscar la botella?

—No lo hizo porque Black podía haberle engañado respecto a mí.

—¿Y entonces lo mató?

—Estoy convencido de que no lo hizo él. Black debía estar convenientemente maniatado y escondido en una cabaña; pero ahora, al regresar el asesino de Esther Crowley, logró escapar durante la noche. Mas lo hizo con tan mala fortuna que, trepando por las rocas de una cala, resbaló y se golpeó en la cabeza, matándose. La señorita Kate Ryan y yo encontramos su cadáver un par de días después.

—¿Quiere decir que Black Russell es el desconocido de quien me habló el capitán Mac Donald al llegar aquí?

—Exactamente, teniente Hinkel.

El policía se rascó el cogote, mientras fruncía las cejas.

—Sigue sin convencerme, Baker.

—Hay otro —muerto en el caso, del que no le he hablado todavía. Robert la Mure, un periodista de Nueva Orleáns, que se quiso pasar de listo. La antigua novia de Black Russell, Magde Robertson, se enamoró de él mientras Black Russell estaba en Europa en busca de la botella. La Mure vio la posibilidad de convertirse en un hombre de dinero y decidió trabajar también en el caso. Supo por Magde que Black había sido contratado por Jim Soustelle para que le construyese una goleta. El conocía a los Norton, y como Pamela era novia de Jim Soustelle, pensó pasar unas vacaciones diciéndose a sí mismo que le serían muy provechosas. Jim Soustelle no conocía a Black Russell, y cuando se le presentó un hombre diciendo que él era Russell, no dudó en concederle esa identidad, pero La Mure tenía una descripción exacta del verdadero Black, incluso le debía haber visto en fotografía. Tuvo medios para hacerlo, siendo novio de la antigua amiga de Black. Al darse cuenta de que se encontraba ante un impostor, se frotó las manos pensando que estaba en el buen camino Tuvo una idea luminosa. El no necesitaba el plano del tesoro de Morgan para recoger su cosecha. ¿Por qué arriesgarse tanto? Era más sencillo el chantaje. En el momento que consideró más propicio, visitó al falso Black Russell y lo desenmascaró, poniendo las cartas boca arriba. Quería una parte del botín. Yo sorprendí una conversación entre él y Magde que me despistó. La Mure se refería a que tenía una cosa, y yo creí que era el plano del tesoro, concediéndole, per tanto, la identidad del asesino. Pero había otras piezas que no encajaban y continué trabajando.

Hinkel hizo una señal para interrumpirme y cuando yo guardé silencio, dijo:

—Hay una cosa que no comprendo, Baker. El verdadero Black Russell fue a su despacho y, por tanto, usted le conocía, y al llegar aquí usted comprobó que alguien estaba usurpando la personalidad de su antiguo cliente.

—En absoluto, teniente. Yo no sabía quién era Black Russell. En realidad, dadas las circunstancias, todo parecía indicar que quien falseó su personalidad fue el hombre que vino a mi despacho a

entregarme el galeón.

—Pero el asesino estaba al corriente de todo y, por tanto, debía de eliminarle a usted, o al menos escapar.

—No podía hacerlo, so pena de delatarse, y prefirió aguantar todo el tiempo que pudiera. Además, él conservaba una esperanza: la de que usted me echase mano y me llevase a Nueva York, acusándome de la muerte de Esther Crowley, Entonces él quedaría libre de todo, pero ye le obligué a cambiar sus planes cuando pretendí aclarar la situación de La Mure. Seguí a éste ayer tarde y me condujo a la casa donde se encontraba Magde Robertson. Entonces nos prepararon la encerrona. Mientras yo hablaba con Magde, liquidaron a La Mure. El asesino esta vez no obró personalmente, sino que contrató a dos angelitos para hacer el trabajo. Me cogieron a la salida de un bar y me llevaron al lugar donde el periodista dormía su último sueño metido en uno de los coches de la señorita Norton. Antes de liquidarle le habían hecho tragar una gran dosis de *whisky*, y a mí también me hicieron beber una buena botella. Luego me metieron junto a La Mure, pusieron en marcha el motor y precipitaron el vehículo por un precipicio que hay a unas millas de Miami, en la carretera norte. Era un golpe perfecto. Todo parecería un accidente y nuestro hombre mataba dos pájaros de un tiro. Al chantajista y al detective. Pude arrojarme del coche a tiempo y salvé la vida milagrosamente.

Hubo otro silencio y el teniente empezó a pasear por la habitación. Pamela y yo nos miramos y le sonreí, contestándome ella con otra sonrisa.

De pronto, Hinkel se detuvo e hizo un aspaviento con los brazos.

—¿Qué quiere que yo haga, Baker? No puedo exponerme a que me expulsen del Cuerpo por hacer caso a un individuo presuntuoso.

—El asesino no sabe que está usted aquí, pero está al corriente de que yo no he muerto. Concédame sesenta minutos y le entregaré el caso resuelto.

Hinkel dudó unos instantes, y tras lanzar un suspiro, meneó la cabeza en sentido afirmativo.

—De acuerdo, pero yo iré con usted.

Pasé al dormitorio, me vestí y salí de nuevo al *living-room*, dirigiéndome hacia la puerta.

—¿Qué está esperando? Vamos, teniente.

Pamela me sujetó del brazo, diciéndome:

—Ten cuidado, Tom.

Yo le sonreí y acaricié la mejilla, saliendo al corredor tras Hinkel.

Pasamos por la terraza, donde no había nadie y el teniente señaló un coche que estaba aparcado abajo, explicando:

—Me lo ha dejado el capitán Mac Donald. ¿Cuál es nuestro destino?

—Yo conduciré. Vamos al centro de la ciudad.

Media hora más tarde penetrábamos en el vestíbulo del hotel Tropical, y yo le dije al teniente:

—Ahora tendrá que esperarme aquí, Hinkel.

—¿Por qué? Yo voy adonde usted vaya.

—No sea ingenuo. Hay algo más que todavía no le he dicho. El echar mano al falso Black Russell es cosa de coser y cantar, pero no quiero que ningún pez se escape de la red.

—No sé por qué le hago caso, pero usted gana. Todo será que cuando llegue lo encuentre convertido en un fiambre. Se lo tendrá bien ganado por querer hacer el héroe.

Le palmeé afectuosamente la espalda y me dirigí al ascensor.

CAPÍTULO IX

—Adelante —dijo una voz cuando hube pulsado el timbre del apartamento.

Abrí, entré y cerré a mi espalda. El hombre que había asesorado la construcción de la goleta de Jim Soustelle estaba sentado en un sillón con las piernas cruzadas.

—¿Cómo está, señor Bunler? —pregunté, yendo directamente a la cuestión.

El me miró, sonriéndome.

—Tiene usted siete vidas, señor Baker —repuso.

—Solamente una, pero de las que duran.

—Tuve la corazonada de que usted me iba a hacer pasar un mal rato cuando se presentó aquí la primera vez. Y todo porque el teniente Hinkel no le cazó en Nueva York. —No hablemos de eso. Creo que hay otras cosas más importantes.

—¿Cuáles son?

—La primera de ellas que le convendría hacer una confesión de todo lo ocurrido.

—Ahora demuestra ser un ingenuo. Nadie me puede probar nada. Usted cargó con lo de la señorita Crowley. Black Russell se mató casualmente. La Mure fue un estúpido borracho que se despistó en el coche. ¿Lo ve claro? No hay nada que me comprometa.

—¿Y cómo va a explicar satisfactoriamente la usurpación de la personalidad de Black Russell ante Jim Soustelle?

—Es más sencillo de lo que usted cree. Black empezó a obsesionarme con la idea de que alguien quería despojarle de su galeón. Tenía un miedo cerval y me pidió a mí, su compañero en la tripulación del «Ática», que tomase su nombre. Naturalmente, me

pagó por ello. ¿Se da cuenta? Ello justifica más todavía la muerte de Russell. Permanecía escondido en una cabaña y, de pronto, una noche, sintió tal terror por hallarse solo que abandonó la casa y echó a correr por la costa. Ese pánico fue lo que le costó la vida. —Ni un chiquillo de doce años creería esa burda patraña.

—Un chiquillo de doce años no, pero un policía o un juez lo tendrán que creer cuando yo les enseñe esto. —Walter Bunler metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un papel—. ¿Sabe lo que es? Una declaración de Black Russell, escrita de su puño y letra, según la cual me autoriza a utilizar su nombre.

—Es usted un sucio canalla, Bunler. Pero no se va a salir con la suya esta vez.

—¿No? ¿De qué forma me lo va a impedir?

—Hay alguien con quien no ha contado.

—¿Quién?

—Su mujer. Ella ha confesado.

Bunler borró la sonrisa de sus labios y se levantó del sillón.

—¿De qué me está hablando?

—Ande, coja el teléfono y llámela. Pregúnteselo. Usted ha hecho su trabajo, pero yo he hecho el mío. Ella me quiere y yo también a ella. Nos vamos a casar. Le será fácil conseguir el divorcio dé usted. No hace una hora que confesó todo al teniente Hinkel.

El rostro de Bunler fue palideciendo poco a poco.

—¡Ella no puede hacerme esto a mí!

—Pues se lo ha hecho ya, Bunler. No tiene remedio.

—¡Maldita! Siempre le han gustado demasiado los hombres. Tenía que haberla marcado como a una res.

De pronto sacó una pistola del bolsillo y me apuntó con ella.

—¿Qué va a hacer, Walter?

—¡Liquidarle a usted!

Creo que la nuez me bailó en la garganta. Pensé que había ido demasiado lejos en mi representación.

—No sea estúpido, Walter —le dije—. Todavía puede escapar.

—Y dejarlo a usted con ella, ¿no es cierto?

—Ande, explíqueme antes una cosa. ¿Por qué la abandonó usted después del matrimonio?

—Una semana antes de casarnos ella había ganado un concurso de belleza en Norfolk. Nos conocíamos desde hacía unos años, pero

ella se relacionaba con muchos hombres y no se decidía por ninguno. En el transcurso de una fiesta que le ofrecieron como homenaje, bebió un poco más de la cuenta y yo fui el que estaba más cerca de ella. De allí nos marchamos a casa del juez y nos casamos, pero a la mañana siguiente, cuando se le hubo pasado el efecto del *whisky*, me mandó al diablo. Pensé matarla, pero decidí, al fin, que era mejor largarme cuanto antes. Me embarqué y me fui a Europa. Allí pasé de una a otra compañía hasta recalar en el «Ática». Supongo que lo demás lo sabe todo. De vez en cuando tenía noticias de mi mujer. Estaba haciéndose un nombre.

De pronto, la puerta se abrió y apareció—. Kate Ryan, seguida de Bill y Torano. Éste fue el último en entrar y cerró a su espalda. Kate me miró y yo la saludé. —¿Cómo está usted, señora Bunler?

—¡Maldito polizonte! —murmuró, rabiosa—. Ahora no te va a ser difícil escapar. Walter se había quedado de una pieza y lentamente, miró a su mujer, mientras decía. —Entonces…, no es cierto…

—¿Qué es lo que no es cierto? —inquirió ella.

—Que habías confesado todo al teniente Hinkel.

Patricia Rippley, alias Kate Ryan, me miró con sus hermosos ojos chispeantes de odio y luego los volvió hacia su marido.

—Te ha engañado miserablemente. ¿Qué es lo que le has dicho?

—No hacía falta que me aclarase nada, señora Bunler —intervine yo.

—¿Cómo has sabido que yo era su esposa?

—Esta mañana he abierto los ojos a la realidad. Pude meterle mano a tu marido enseguida de llegar aquí. Pero me interesaba dar con su cómplice.

—¿Qué razones tenías para suponer que había un cómplice?

—Es más lógico de lo que te crees. Walter había ido a Nueva York por el galeón, pero Black Russell continuó con vida; por tanto debía haber una persona encargada de llevarle comida a la casa en que se encontraba. ¿No está claro como el agua? Pedí un informe a mi jefe. Si a Black Russell le robaron el manuscrito incompleto, era lógico suponer que el ladrón abandonaría el barco en Gibraltar porque estaría demasiado interesado en el tesoro de Henry Morgan para no hacerlo. ¿Ves qué sencillo? El telegrama de mi patrón llegó esta mañana. Me decía que Walter Bunler se había casado en

Trenton con una tal Patricia Rippley. Justamente en la bandeja de la correspondencia había una carta que iba dirigida a ti con el matasellos de Trenton. De todas formas, no me hubiese hecho falta esa carta para saber que tú eras Patricia Rippley. Me hubiese bastado con pedir un nuevo informe a mi jefe. La carta sólo me hizo ganar tiempo. Así, el caso queda completamente aclarado. Walter vino a Europa y se entrevistó, contigo mostrándote su descubrimiento. Era lo que tú necesitabas, mucho dinero para cubrir ese bonito palmito. Por si me faltaba poco, hablé con Drewett, después de salir de tu habitación. Me dijo que se había interesado por la vida de Henry Morgan, después de haber leído las memorias de William Rayus. Naturalmente, las debió encontrar en tu apartamento. Ello se contradecía con la explicación que me habías dado en la playa sobre la obsesión de Leslie por husmear en la vida de Henry Morgan.

—¡Estupendo, polizonte! —dijo Walter—. Ya lo tienes todo listo. ¿Qué crees que va a pasar ahora?

Me encogí de hombros y murmuré:

—No sé, es cuenta vuestra.

—Ahí va mi primera respuesta —dijo Burner, y me atizó un culatazo con la pistola en la barbilla.

Yo podía evitar el golpe, pero no me convenía. Lancé un aullido de dolor y caí hacia atrás, justo sobre Torano. Nos desplomamos los dos en el suelo y cuando me separé de él, yo me había apoderado de su pistola.

—¡Cuidado, Walter! —gritó Kate.

Walter dirigió su arma contra mí y yo apreté por primera vez el gatillo, metiéndole un balazo en el hombro y obligándole a soltar su chisme.

El bueno de Bill sacó como un relámpago su «quitapenas» y se la ganó, porque le introduje un par de balas en el estómago y se desplomó hacia adelante haciendo guiños.

Torano se puso de rodillas en el suelo e intentó echarse sobre mí, pero yo le pegué un terrible puntapié en el vientre y lo dejé revolcándose en el suelo, mientras me incorporaba.

La puerta se abrió bruscamente, entrando en la pieza el teniente Hinkel, el capitán Mac Donald, Pamela Norton y Jim Soustelle.

—Ahí tiene al asesino de Esther Crowley —dije señalando a

Walter, que se había sentado en el diván y no hada más que emitir gruñidos de dolor—. Y ésta es su mujer, Patricia Rippley, la cual le ha prestado una valiosa colaboración en su corta, pero provechosa carrera criminal.

—Buen trabajo, Baker —me dijo, jovialmente, Hinkel.

—Gracias, teniente. Ya lo sabe todo. Informe al capitán. A mí me duele la cabeza. Le tiré la pistola, que cogió al vuelo, y salí de la estancia. Pamela y Jim fueron tras de mi. —Eh, espera, Tom— me llamó la chica.

Me detuve, y cuando estuvieron a mi lado, Jim Soustelle dijo:

—Pamela me lo ha contado todo. ¿Por qué siguió representando ese hombre el papel de Black Russell?

—Para ganarse su amistad. La goleta habría estado más tiempo en el muelle que en alta mar y usted no hubiese tenido inconveniente en dejársela para que hiciese un viaje de unos cuantos días. El hubiese ido al lugar donde estaba escondido el tesoro de Henry Morgan. Walter no tenía dinero para fletar un barco y no quería asociarse con nadie porque hubiese tenido que repartir el botín. —Hice una pausa y, finalmente, dije, tendiendo la mano a Pamela—: Os deseo mucha felicidad.

Luego cambié otro apretón con Soustelle y me marché escaleras abajo.

Cuando iba a cruzar la puerta, oí una voz que me llamaba.

—Espera. Tom.

Me volví. Era mi chica.

—¿Adónde vas? —me preguntó, acercándoseme con la respiración jadeante.

—A tu casa. A registrar el cuarto de Kate Ryan. Allí debe tener escondido el galeón embotellado.

—Un día la vi llegar con un paquete.

—Ése debe ser.

—¿Y luego? ¿Qué vas a hacer?

—Temple y Russell murieron sin dejar descendientes. Si yo encuentro el tesoro, será mío. Creo que voy a buscarlo.

—¿Qué te parece si vamos juntos?

—¿Y Jim?

—Lo ha comprendido todo.

La cogí de una muñeca, tiré de ella hacia mí y estreché su cálido

cuerpo contra mi pecho, apretando mi boca contra la suya.

Cuando nos separamos, me dijo:

—Has contestado a todas las preguntas menos a una. ¿Quién me golpeó en la habitación de Leslie?

—Puedes estar segura de que fue la propia Kate. Te vio de espaldas y no resistió la tentación de mostrarte su afecto. Odia a cuantas personas poseen lo que ella nunca ha tenido. Es una mujer completamente anormal, y Walter Bunler tiene motivos para saberlo.

Encontramos el galeón donde yo esperaba y dentro de él estaba el mapa del tesoro de Morgan.

Fui a ver a Magde y le informé del final de la historia, prometiéndole una parte del botín. Luego la acompañé al tren que la conduciría a Nueva York y nos despedimos como buenos amigos.

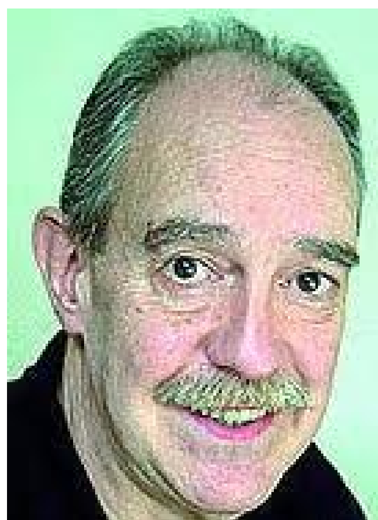
Aquella misma noche, Pamela y yo nos casamos, y Jim Soustelle se portó como un perfecto caballero. Quiso que el primer viaje de la «Andrómeda» así bautizó a su goleta, lo hiciésemos nosotros.

El lugar en que Williams Rains y James Galner habían escondido el tesoro se hallaba situado en un islote abandonado del estrecho que forman las dos islas Andros, en las Bahamas. Pero lo más grande de todo ocurrió entonces.

Desenterramos trece cofres vacíos. Me había llevado conmigo un perito en la materia, y estudiando los inútiles cofres, nos dijo que debían haber sacado de su interior el contenido alrededor de ciento cincuenta años antes. Probablemente, alguien que cayó por allí casualmente, a pesar de los pronósticos de los que guardaron el botín de Morgan. La vida nos ofrece estas sorpresas. Varias personas habían muerto por una causa inútil y yo me encontraba tan pobre como al principio.

Pero, claro, estaba casado con mi chica, y ella era muy rica.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).